

Las cosas de fondo

Liliana Allami obtuvo mención honorífica en cuento en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Ana Clavel, David Martín del Campo y José Luis Herrera Arciniega.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

LILIANA ALLAMI

Las cosas de fondo



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Elizabeth Vilchis Pérez
Secretaria de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Elizabeth Vilchis Pérez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Luis Alejandro
Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Las cosas de fondo

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Liliana Beatriz Allami

ISBN: 978-607-495-569-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/24/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Yo, la señorita Cora

Conocí a Juan hace seis años. Unos meses después, conocí a esta viejita de pelo blanco alborotado y expresión de nena que tengo ahora sentada frente a mí en una silla de ruedas. Desde entonces la cuido aquí, en su casa, casi todas las mañanas antes de ir a la clínica.

—Está mejor —dice la hija entusiasmada. Al menos, hasta hace un tiempo, siempre me lo decía—. Desde que vos la cuidás, está mejor.

Bajo la mirada de Juan, me había transformado en alguien capaz de hacer milagros. Por eso, apenas la vi, supe que iba a poder ayudarla. Frotándole las manos, acariciándole la espalda, haciéndole probar distintos sabores para saber cuál prefería y, sobre todo, hablándole, logré sacar a María de su adormecimiento. De expresarse sólo con aislados monosílabos, cada tanto, pasó a articular frases

enteras, chispeantes y coherentes. Me hacía reír. Los ojos, entonces, también se le encendían. Y esa comunión, ese entendimiento, eran chispazos de luz que iluminaban, no sólo una profesión que venía ejerciendo con resignación y hartazgo, sino también cada espacio de esta casa solitaria. Hoy el comedor diario se ve oscuro. María, lentamente, se me escapa: no habla, no sonrío, y su mirada está perdida en algún punto del espacio.

¿Cómo se inicia un vínculo? ¿Por qué entre dos hay empatía, rechazo o simplemente indiferencia? Tal vez, a partir de una situación, de un gesto, de una frase, uno construye al otro a la medida propia. Cuando conocí a Juan, él tenía la misma edad que hoy tengo yo. Era un médico de cincuenta años, atractivo, con un padecimiento a cuestas. Habría perdido un gran amor, se le habría muerto un ser querido. Algo fuerte, drástico, trágico, se escondería detrás de su mirada. Pensé todo eso al primer golpe de vista. ¿Y si resulta que el hombre era un empedernido melancólico? ¿Y si su mirada se debía a la falta de una enzima que no le llegaba a lubricar los ojos? ¿O a los párpados, que efectivamente a Juan le caen hacia abajo? Pero no, lo vi y dije: “Él está triste y yo podría salvarlo”.

Por otra parte, cuando desperté su atención por primera vez, estoy segura de que su entusiasmo se debió a un equívoco. Esa tarde, él me encontró muy segura de mí misma. Tengo un complejo con mi pelo; así de simple, de elemental, de tonto. Pero lo cierto es que cualquier ondulación me frustra. Por eso, temprano, antes de salir de casa, me tomo el trabajo de alisarlo casi con obsesión. Ese

día, después de haber atendido a un paciente, al salir rumbo a la clínica el cielo se cubrió y, antes de subir al colectivo, la lluvia me agarró con todo. No me preocuparon el abrigo, los zapatos, las medias ni la cartera que chorreaba agua. Sólo podía pensar en las dimensiones que tomaría mi cabeza cuando el pelo se secara. En el transcurso del viaje quise alisarlo con los dedos, pero de todos modos los rulos se formaron y mi cabeza se duplicó en volumen. Al entrar a la clínica me topé con mi reflejo. Quise que la tierra me tragara, no exagero, antes de tener que estar hasta la medianoche circulando por ahí con esa facha. Pero de pronto, los demás, sobre todos los hombres —médicos, enfermeros, visitantes—, me miraban celebrando mi aspecto. Esa confianza que, minutos después, Juan creyó que me sobraba, me la habían prestado los otros con su aprobación. Terminé de cambiarme a las apuradas porque hacía rato llamaban de una pieza; había escasez de personal. Llegué casi corriendo. Juan estaba allí, consolando a un chico de unos once años que iba tener que entrar a cirugía. También estaban los padres, a punto de quebrarse. Puse un pie en la pieza, los miré y muy suelta, señalándome el pelo, dije: “Disculpen la tardanza. Me demoré en la peluquería”. El chico fue el primero en reírse. Después todos lo siguieron y aflojó un poco la tensión. Juan, que nunca antes había reparado en mí, se quedó enganchado con esa capacidad que él creyó que tenía de reírme de mí misma. Nunca me animé a contarle los pormenores del asunto. Dejé que él armara sobre mí la imagen de una mujer des preocupada, chispeante, algo insolente. Tal vez fue eso lo que, un tiempo después, me jugó en contra.

La señorita Cora es el personaje de un cuento de Cortázar. No conocía el cuento, la lectura no estaba entre mis hábitos. Desde muy joven, cuidé a gente que lo necesitaba. Más tarde, me anoté en medicina. La enfermedad de mis padres, un embarazo inesperado, criar sola a mi hija, no me permitieron seguir con la carrera. Pasado un tiempo, y porque de algo hay que vivir, logré recibirme de enfermera.

Hasta aquella tarde de lluvia en la que, al salir al pasillo, Juan inesperadamente me regaló otro título, la médica frustrada nunca había estado orgullosa de su oficio.

—Sos la señorita Cora —me dijo con un entusiasmo que casi le había borrado la tristeza.

Notó mi turbación. Me explicó quién era la señorita Cora.

Sus palabras, el cielo gris detrás del ventanal que lo enmarcaba, su mirada cercana a la fascinación, me dejaron las emociones al desnudo: me palpitaba el corazón, quería besarlo. “Una enfermera adorable”, agregó al despedirse. Busqué el cuento, compré el libro. Me conmovió la asociación que él hizo. Yo, la señorita Cora, ¿quién iba a decirlo? Además, leí el libro de pe a pa. Con Juan llegarían Cortázar, otros autores, las lecturas.

Después de aquel encuentro, empezamos a frecuentarnos. Él era casado, pero no escondía nuestra relación. No había acontecido en su vida nada trágico, así es que adjudiqué la culpa de todos sus pesares al matrimonio que, según Juan, quiso terminar más de una vez pero no pudo. Cargaba sobre sus hombros —bastante abatidos los tenía— a

una mujer débil, dependiente, incapaz de compartir sus gustos e intereses. En ese momento no comprendí que uno de los principales intereses de Juan estaba centrado en las mujeres. Y que esa mirada suya —una se siente única y, sin embargo, es solamente alguien más que muerde el cebo— era una trampa exquisita para todas nosotras.

El domingo pasado, Nélide me sacó a ventilar. Almorzamos en un tenedor libre, un lugar inmenso, casi sin columnas, lleno de gente que cargaba el plato, una y otra vez, hasta casi desbordarlo.

—Un pedazo de tomate, un rollo de fiambre, ¿eso es todo lo que vas a comer?

Los labios gruesos de Nélide y sus ojos, demasiado delineados, sobre todo para esa hora del día, censuraban mi desgano. Un hombre algo más joven que nosotras, que pasaba con el plato bien cargado, casi trastabilla por mirar a mi amiga. Nélide me hizo un gesto coqueto: le gustaba ser deseada, atraer. Yo, que durante mucho tiempo compartí esas mismas ganas, la miré casi desconociendo el sentimiento que la emocionaba, que alguna vez me emocionó a mí y que ahora me resultaba ajeno. Sin embargo, me apenaba pasar tan desapercibida.

—Hay un hombre que, de repente, te saca las ganas de otros hombres —no pude evitar el comentario.

Nélide apoyó los cubiertos en el plato con un movimiento determinado, intenso. Las palabras que dijo después estuvieron totalmente respaldadas por su mirada viva, sus labios húmedos, el nacimiento de los pechos asomando por el escote.

—No hay *un hombre* —afirmó—, hay *hombres*, ¿me entendés?
¿O pensás que lo vas a extrañar toda la vida?

—Hace ocho meses, Nélica —balbuceé.

Con un gesto me invitó a seguir comiendo.

Pensé entonces que las ganas, la vehemencia, el deseo, llaman al deseo. Nélica resultaba francamente atractiva. Y no era nada más que por su cuerpo. Vista desde afuera, yo sería algo así como la amiga desabrida. Una mujer decepcionada, seca. ¿Quién podría fijarse en mí? Recordé que cuando conocí a Juan lo que me atrajo de él fue, justamente, saberlo triste y desgano. Pero me parece que a nosotras, las mujeres mayorcitas y escépticas, es mejor apartarlas del camino.

—Esto es un paraíso —repetía recostado, abrazado a mis piernas, mirando las cuatro paredes de mi casa.

Vivo sola, en un departamento de un ambiente, alquilado. Juan es dueño de un departamento amplio y de una casa en el campo. Nos criamos, también, en medios diferentes. Sin embargo, a mi entender, su refinamiento y mi simpleza se llevaban muy bien. Comencé a tomarle el gusto a las lecturas, vimos juntos películas que jamás había tenido la intención de ver, disfruté de lugares elegantes, sofisticados, donde muchas veces me llevó a comer. Por mi parte, la mujer adorable, fuerte, despreocupada que Juan descubrió en mí, logró que, al fin, él tuviera un brillo nuevo en su mirada y que estuviera visiblemente más contento.

Un paraíso, sí. Un verdadero paraíso. Aunque todo depende del color del cristal con que se mire. Mis cristales se mantienen intactos. Los suyos se enturbiaron y lo que tenía enfrente quedó reducido a algo distinto. No fue un día, ni dos, fueron más de cinco años. Pasión, compañerismo y la idea, al principio para mí una certeza y después menos convencida, de que Juan abandonaría a su mujer. Me pregunté si, alguna vez, él tuvo esa intención o si ya sabía que, como tantas otras veces, perdería el entusiasmo por la mujer de turno y volvería a andar por ahí con los hombros abatidos buscando alguien que volviera a reanimarlo. Es la novedad lo que hace que a Juan le cambie el ánimo. Y claro, yo de pronto, de despreocupada ya no tenía ni un pelo. Las dudas, las demandas, no estaban hechas para él.

Ayer te esperé.

Yo no te prometí.

¿Qué pasa con aquella médica?

Una sabe, pero no se resigna. Desoye la propia intuición, se aferra a lo que es nada: el otro, definitivamente, ya cortó. En un encuentro casi al paso y por razones poco claras, Juan terminó conmigo.

Él terminó conmigo y la lectura del libro que tenía entre manos se detuvo. No pude avanzar ni una carilla, ni un párrafo, ni un renglón. Sin sus caricias, su contención, su compañía, el mundo me parece intransitable. Prendida nuevamente a las telenovelas, cerradas para mí las puertas de los lugares elegantes, sólo me queda trabajar, entregarme a los pacientes, volver a conectarme con María. Traerla

nuevamente de las profundidades del silencio a una superficie más ruidosa.

Ella, de aburrida nomás, está haciendo un pliegue en la frazada que le cubre las piernas. Le arreglo un poco el pelo. Le abotono la blusa. Le pongo un chalequito color rosa. Aliso mis ropas con las manos. Empujo la silla de ruedas. Después de mucho tiempo de no hacerlo, la llevo a dar un paseo por el barrio. Que el aire me llene los pulmones, que el sol me entre por las venas, que la calle me distraiga, que de una vez por todas se me aligere el cuerpo que hoy carga tanto dolor. Una, dos, tres vueltas a la manzana. No me entusiasma ni cruzar la calle, ni mirar vidrieras, ni inventar atajos. Marchar hasta la esquina y doblar. Luego intentar llegar hasta la otra y volver a doblar. Empujar la silla sin ver si María se ríe, se asusta, voltea la cabeza, se entusiasma con algo o sigue con la mirada fija en algún punto. No me importa. O sí. Pero no puedo. La luz y el aire casi tibio de este día no me iluminan ni me abrigan. Quiero llegar, subir, entrar, cerrar la puerta, hacer lo que debo con María y volver a sentarme en una silla. Pienso que tengo que pelar unas verduras, preparar un caldo sustancioso, hacer que María duerma, antes del almuerzo, por lo menos media hora. Le voy sacando el chalequito rosa. Y de repente... pobrecita... la veo más perdida e indefensa que nunca. ¿Yo, la señorita Cora? Una estafa. Un invento que construyó Juan y que se fue con Juan. Rodeada de lujos en esta casa enorme, a cargo de enfermeras que nos vamos turnando, desconociendo hasta a sus hijos, a María le daría lo mismo comer en platos descartables, mirar la pantalla de un televisor que no fuera de alta definición o que no hubiera alfombras persas en el *living*. Nos parecemos: las dos estamos en el limbo.

Después de aquello

Es jueves y son las cinco de la tarde. Desde hace más de dos años, como todos los jueves a esta hora, Elvira camina por la avenida Santa Fe decidida a tomar la calle Uruguay para sentarse en la pequeña confitería de paredes blancas, sillas de hierro, almohadones floridos. Hay ambientes que relajan y otros que son hostiles. Cuando Elvira ve flores, ya sea en un florero, cuando revientan en las plantas o simplemente las que estampan una tela, siente que una fibra interior le pinta el ánimo de colores subidos: nada de pálidas ni de oscuros pensamientos; chispa, aliento vital, pura armonía.

Entra a la confitería con aire triunfal y misterioso, como quien tiene, a medias, un objetivo conquistado. Abraza contra el pecho la carpeta que lleva entre las manos, se sienta en una de las mesas que hay afuera, una angosta plataforma de madera que

balconea a la vereda. De un tiempo a esta parte, Elvira se ha convertido en una mujer muy apegada a las rutinas. A decir verdad, desde hace más de dos años, a esa hora de los jueves, podría haber alguna variante en lo que concierne al clima, a la ropa que viste, tal vez a lo que consuma en la confitería. Hoy es una tarde de otoño, cálida y húmeda. Después de sentarse, saca de la carpeta el cuento número quince, dice así en la primera hoja, cuento número quince, último de los cuentos que va a supervisar con su maestro, un eminente catedrático, y con el que desea dar por terminado, al fin, su primer libro. Por eso cuando el mozo se acerca a preguntarle qué va a tomar, ella decide darle un matiz festivo a su rutina y en lugar de un café, a secas, pide un té con leche y una porción de torta. Una gratificación anticipada, un regodeo sin culpas, digamos una licencia a su dieta controlada, sin temerle, como siempre, a los desbordes.

Los desbordes le habían costado un poco de salud. Tiempo atrás, solía abusar de la comida y, más de una vez, la habían traicionado los nervios que no lograba encauzar; mucho menos su deseo. De una carrera a otra, de un novio a otro, de un empleo a otro. Sobre todo, mucho peor, después de *aquello*. *Aquello* era algo que mejor no recordar. No expandir las ondas de un dolor guardado. Un quiste, un entripado que la sacó de quicio y cauce. Como si *aquello* no fuera algo frecuente, casi un estereotipo de los dolores a sufrir. “No es para tanto”, le decían sus amigos, sus padres, sus hermanos. No es como para tirarse en la cama todo el tiempo, no es como para tomar un frasco de pastillas, no es como para tener una expresión de ausencia, de confusión, de miedo, frotándose las manos todo el día, el cuerpo con un temblor imperceptible —para ella no era imperceptible; estaba en ebullición, las terminaciones nerviosas encrespadas—, porque un novio —cinco años de

novios— la engañó —durante tres, después lo supo— con su amiga, la mejor, la confidente, quien sabía que sus relaciones anteriores habían sido conflictivas y que al fin estaba locamente enamorada. Mejor evitar esa palabra, locamente. Ella estaba *muy*, pero *muy* enamorada; normalmente enamorada, como se enamoran casi todas las mujeres, y nunca se dio cuenta, nunca, que él y su amiga... mucho menos sospechó que lo de ellos terminaría en casamiento. Otro tiempo. El pasado. El presente es la torta que el paladar aprueba, el té caliente, la leche fría, el mismo mozo desde hace más de dos años, la vereda soleada, la cálida sensación de saberse instalada en un mundo que ahora reconoce más benévolo. Ella es una más de las que andan por ahí, que se levantan, se duchan, comen, dialogan, sienten, piensan y, sobre todo, tienen un proyecto a cuestas. Encontró una vocación. Al principio escribir fue nada más que algo curativo. El dolor dictaba, ella escribía. Atropelladas, las palabras formaban un texto algo incoherente. Se desvirtuaban, se torcían, eran de pronto una queja, un ayayay mil veces ahí escrito, un desahogo, una protesta. Hasta que un día se quedó prendada de una frase y comprendió que a veces, la unión de dos palabras, aun las más sencillas, viene cargada de un sentido nuevo. Y así, yendo en la búsqueda de la expresión correcta, intuyó que ese camino la llevaría a tomar, como quien dice, en todo aspecto, la palabra. Empezó a escribir historias que ya no tenían que ver con su universo. O sí. Pero distintas, transformadas. Otros personajes, otros ambientes, otras situaciones. Al maestro, llegó por iniciativa propia. Leía sus libros, los artículos que publicaba en el diario y, frecuentemente, lo veía y lo escuchaba en alguno de los programas de la tele. Ese hombre tenía un manejo formidable del idioma. Lo que más fascinaba a Elvira era la claridad con que expresaba sus

ideas, la visión abarcadora, la coherencia del discurso. ¿Qué otra cosa más que sensibilidad y sensatez podría encontrarse detrás de un pensamiento como ése? Lo buscó por internet. No se animó enseguida. Pero haberlo llamado fue el siguiente paso —antes fue haberse aferrado a la escritura— que le permitió levantarse, finalmente, de la cama.

El primer jueves fue abrazada a sus textos inconclusos, vacilantes. Descubrió la confitería de la calle Uruguay. Pidió un café, revisó sus propias líneas, entró en pánico. De todos modos, temblorosa, recorrió las dos cuadras que la separaban de la casa del maestro. El encuentro fluyó. Si bien tendría que trabajar mucho los cuentos, él los había encontrado interesantes. Interesante es una palabra interesante. Viniendo del maestro, esa palabra fue la primera de un soporte que iría reconstruyendo su autoestima. “Tampoco es Dios, no te lo tomes tan a pecho”, le decía su familia cuando la veía entregada a su tarea, siguiendo las sugerencias del maestro. Él la encauzaba no sólo en el camino literario. Fue quien le enseñó el valor de la rutina —Elvira había leído cientos de veces su ensayo “Elogio de la rutina”. Y encontró en ella, en la manera de hacer las cosas de forma prácticamente regulada, fijando pautas y ajustándose a horarios, otra parte importante del soporte. Levantarse por las mañanas sabiendo que los cuentos la esperaban. Comandada por las emociones, mover los hilos de los personajes y, sobre todo, el reparo, la alegría, la revancha de poder tachar y corregir, volver atrás y avanzar, hacer borrón y cuenta nueva cuando algo no le salía.

No escribía todo el día, pero pensaba todo el tiempo en la escritura. Incorporó también a sus rutinas las clases de gimnasia y, fundamentalmente, la lectura. A la noche, zambullirse con ganas en el sueño porque a la mañana siguiente la esperaría el cuento que el

jueves tendría que mostrar a su maestro, el único destinatario hasta el momento, el lector que tenía en mente mientras elaboraba sus historias. La serenaban la actitud confiada de ese hombre, la palabra reposada, su templanza.

La tarde, entonces, es igual a cualquier otra tarde de jueves, con la diferencia de que hoy, en su interior, se agita una esperanza, una necesidad de apresurar el momento de leer frente al maestro el cuento número quince. Si él se mostrara entusiasmado, al fin podría publicar el libro. Un gran logro. No sólo porque sería su primer libro, sino porque después de carreras trucas, cursos a medio hacer, trabajos decepcionantes, sería la primera cosa que habría conquistado cabalmente.

Come un bocado de su torta, toma la taza de té entre las manos. Entorna los ojos, aspira el olor dulzón que se desprende; se ve en la calle. Aunque le sobra el tiempo, sus piernas no la demoran. Prefiere esperar en el umbral del edificio. Está ansiosa. Pero reconoce que su ansiedad no es, como lo fue en otras ocasiones, destructiva. Al revés: es una ansiedad que puede controlar, la alegría, la emoción. Aprieta el botón del portero eléctrico. Segundos después, la voz firme y templada del maestro la invita a pasar. Toca el timbre del quinto piso, departamento B. No es un hombre arrebatado y se toma su tiempo. Por la sombra que se filtra desde abajo y por los ínfimos ruidos que percibe, sabe que él está solo y que se acerca. Una suerte. Aunque siempre es puntual. Con cada alumno nunca más de una hora. Ella aprendió a dosificar el tiempo, de lo contrario, en lugar de leer se la pasaría charlando con él de la vida, de las cosas. Pero se enfoca centralmente en su escritura, un tema lleva a otro y el encuentro es siempre inspirador. Elvira ahora reconoce que él está

ahí, que llegó al otro lado de la puerta. El ruido de las llaves girando dentro de la cerradura lo confirma. Un ruido no aceitado, que no fluye. La llave viene y va dentro del tambor. Hay un forcejeo. Tensión pura. Algo se ha interpuesto entre los dos. Mira el reloj. Ni un minuto está dispuesta a ceder de aquel encuentro, y menos hoy. Contiene el aliento ante la idea de una sospecha que descarta. No es posible que el maestro no se detenga a pensar, cuando pensar es lo esencial de su materia, y esté empeorando las cosas violentando aún más la cerradura. Él sabrá lo que hace, claro. Le habrá pasado alguna que otra vez y él sabrá. Elvira, entonces, se distiende hasta que el hombre habla con una voz que ella desconoce. Alejada del timbre que la caracteriza, afinada por resonancias vacilantes, la voz pronuncia unas palabras que, para colmo, están muy alejadas de ser una genialidad:

—La puerta no se abre.

Estas palabras golpean en Elvira no sólo por la obviedad que encierran sino porque el tiempo corre y ella ve desvanecerse la ilusión que la impulsaba: al no tener el visto bueno, no podrá llevar el libro a la editora. Y lo que es peor, lo esencial, lo que la turba es que, siendo así, hasta el momento de la próxima reunión, se abre ante ella un panorama vacío: ¿qué hará cada día, cada mañana, cada hora? Este pensamiento le produce un temblor ligero, fugaz, una corriente que apenas la atraviesa y no se instala, por eso, se recrimina Elvira, no es momento para ponerse a pensar estupideces.

De pronto, él deja de forcejear. Ella se alivia.

—Hay una cerrajería enfrente. No tengo teléfono de línea y estoy sin celular. ¿Podrías bajar, Elvira? ¿Podrías ir a buscar al cerrajero?

A desgano, Elvira camina hacia el ascensor sin dejar de vigilar la puerta. Ve la sombra del hombre que se filtra por debajo y tiene

ganas de advertirle que no vuelva a forcejar la cerradura, que espere al cerrajero quien, con suerte, pondrá las cosas, otra vez, en su lugar —después de todo, habían pasado nada más que unos minutos, no estaba todo perdido. Encuentra que la cerrajería está cerrada. Desde la vereda de enfrente, ella se pone a mirar el edificio. Si el maestro viviera a la calle, echaría las llaves por el balcón y listo. Pero vive en un contrafrente rodeado de paredes despintadas, desde donde no hay forma de vislumbrar una salida. Entra al edificio. Tiene deseos de arremeter contra la puerta, de golpearla con los puños, con los pies y derribarla. Cuando el ascensor está subiendo, los mismos golpes que quisiera dar son los que escucha. ¿Cómo es eso? ¿Cómo puede escuchar golpes que aún no fueron emitidos? Al llegar al quinto piso se da cuenta de que los golpes son tan reales como la voz quebrada del maestro que le implora:

—Elvira, sacame de aquí. Sacame de aquí, por favor.

A Elvira no le entra en la cabeza que sea justamente ese hombre el que grita así, fuera de quicio, desbordado. Apoya sus cosas en el piso. Se acerca a la puerta, la abarca con los brazos, sacude la manija como si quisiera sacudirlo a él si lo tuviera cara a cara.

—Escúcheme, maestro. ¡Escúcheme! —levanta la voz para imponerse— La cerrajería no está abierta.

El silencio que entonces sobreviene, ese estupor, esa enajenación que el hombre manifiesta, es casi tan intolerable como el gimoteo posterior y la impotencia que develan las palabras.

—No me dejes... por favor. ¡No te vayas! ¿Estás ahí, no es cierto? Elvira... ¿estás ahí?

—Estoy aquí.

—Salí al balcón... pedí ayuda... algún vecino... pero nadie... Hay una cerrajería a dos cuadras. ¿Podrías...? Aunque mejor no, no te vayas...

—¡Basta, por favor! —dice al fin ella, mirando con tristeza su carpeta, comprendiendo que su drama, al no poder ser sus cuentos evaluados, es mucho más profundo que el nimio drama del maestro. Otra vez la inquietud, el temblor que quiere apoderarse de ella y que doblega cuando se anima a decirle al maestro las palabras que, tantas veces, le dijeron a ella— No es para tanto. ¿Me entiende? ¡No es para tanto! Dígame adónde puedo encontrar otra cerrajería.

Él da las coordenadas. Elvira recoge sus cosas. Se cuelga la cartera, mira el reloj, abraza la carpeta. Todavía le queda un resto de esperanza.

Camina a paso muy ligero. La cerrajería está cerrada por reformas. Encuentra otra, pero el cerrajero se niega a acompañarla. Entra a dar vueltas, va, viene, cruza, mira el reloj, indaga. Después de más de dos horas, vuelve con un cerrajero. No se escucha ningún ruido. Por debajo de la puerta, ni una sombra. El maestro se habría cansado de golpear y de gritar. En minutos, el cerrajero logra vencer la cerradura. El ambiente está vacío. Ella busca. Sube una escalera, entra al baño, llama. Ni una señal del hombre, ella está sola.

—¿Pudo haberse ido? —le pregunta al cerrajero.

—No. La puerta estaba trabada. Nadie pudo haberse ido.

Abre los ojos envuelta por el olor dulzón que despide su taza. Toma un sorbo, saca de entre sus cosas, antes de que la idea se le esfume, una hoja y, sentada en la confitería, escribe los trazos del cuento que acaba de imaginar: el cuento número dieciséis, el que inicie tal vez un libro nuevo.

Cinco corazones verdes

Cuando vi los cinco corazones verdes en la pantalla de mi celular, el mío, el que encierra mi pecho, se me aceleró un poco. No me gustan los emoticones. Sin embargo, esos cinco corazones alineados e idénticos sacudieron de pronto mi habitual indiferencia.

No sé si fue simultáneo o sucesivo. Quiero decir que yo, la destinataria del *whatsapp*, no sé si vi primero al emisor, después los corazones o a la inversa. Lo que sé, es que si esos corazones me los hubieran enviado, por ejemplo, mis hijos —tengo dos, y no viven conmigo—, no me hubieran provocado lo mismo. Aunque de ninguno de ellos esperarí cinco corazones. Y menos verdes. A lo sumo uno rojo, apurado, casual, junto a otro emoticón, carita alegre, carita llorosa o pulgar hacia arriba, contestando preguntas que yo les había hecho con todas las letras y con signos de puntuación

correctos. Me daban rabia los emoticones. Me llenaban de bronca. ¿Qué pasa con el lenguaje? ¿Por qué se suprimen letras? ¿Por qué todo se reduce a un signo? No es lo mismo para mí recibir un “Estoy contento, mamá. Te quiero mucho”, que un círculo plano, amarillo, con una sonrisa dibujada y un corazón al lado. No, no es lo mismo. El mensaje escrito es otra cosa. Por lo pronto, más largo. Se lee, se asimila, se dialoga con él, hasta acompaña. En cambio a los signos los miro dos segundos y, al terminar de verlos, se me hacen más presentes las ausencias, el tiempo que el otro me escatima, las palabras no dichas. Por eso, porque rechazo los emoticones, me animo a decir que, además del formato —cinco corazones verdes sobre la pantalla blanca despedían chispas vivaces y atractivas—, fue el emisor quien me sorprendió. Era un compañero de trabajo. En la empresa constructora se lleva un ritmo vertiginoso. Él es un arquitecto; yo, una asistente. Hace poco su asistente personal se enfermó y la reemplacé unos días. Me llamaron la atención su enfoque, su mente ágil y práctica, su seguridad y, sobre todo, cómo esquivó las insinuaciones de unas cuántas tilingas. Aclaro: él no llega a los cuarenta. Yo pasé, hace más de tres años, los cincuenta. No me interesaba si era esbelto, alto y de facciones lindas. Es decir, en ese aspecto, él no me interesaba. Pero la provocación en las miradas —hablo de las tilingas—, el tono empalagoso, la actitud regalada, me parecieron recursos obvios de un jueguito que yo había sabido jugar muy bien y del que estaba totalmente retirada. Además, conocía el desenlace de ese tipo de historias: uno se quedaría destruido; el otro, liberado, encontraría un rápido consuelo. ¿Escéptica? ¿Aburrida? ¿Resentida? Odio ese tipo de calificativos. No pueden ver una mujer que un día

decidió dejar de lado el sexo y a los hombres. Por eso no me explico que esos cinco corazones verdes hayan podido acelerar el mío.

El mensaje me llegó mientras estábamos en la empresa, en horas de trabajo. Hay un solo despacho personal que ocupa el director; el resto es una sala grande dividida en cubículos para una, para dos o para tres personas. Ocupo uno individual: una silla, una computadora, yo embutida. Las paredes que rodean mi antro —¿de qué otra manera llamar a ese espacio reducido y aislado?— no son altas. Sentada no me veo con nadie, pero cuando me paro, allí están los cuerpos o bien desperezándose o bien con una taza de café en la mano conversando con alguien. Primero fue el sonido. El aviso de que tenía un *whatsapp*, un *e-mail*, un mensaje de texto, me cuesta diferenciar los timbres, me confundo. Y cuando digo esto me pregunto si no será cada día más difícil, si la tecnología no se irá adelantando dejándome atrás de tal manera que jamás pueda alcanzarla. ¿Acaso no estoy aquí, un poco confinada —una silla, una computadora, yo embutida—, al margen de algunos proyectos por no saber manejar ciertos programas, más cerca de la jubilación que del ascenso? Al principio pretendí ignorar el mensaje. ¿Por qué habría de apurarme? Sin embargo, aunque el horizonte que nos enfrente esté vacío, la curiosidad muerde... siempre muerde. Entonces, los cinco corazones verdes.

Estaba reposando. O quizás en un letargo, harto y abstraído después de tantas volteretas y respingos. Era vivaz, inquieto, sensible a las miradas masculinas —demasiado. Era, cómo decirlo... susceptible,

ávido, curioso. El miedo no existía para él, las emociones nuevas lo tentaban, no había forma de pararlo. Se zambullía siguiendo sus instintos sin importarle que quedáramos cabeza abajo: mi corazón era el que mandaba. El rojo, el que encierra mi pecho. El que me hacía levitar de gozo, el que daba rienda suelta a su deseo. Mi carne —no era, al parecer, tan inocente— lo seguía. Sin embargo, él era el primero en advertirme. Allí estaba golpeando las paredes de mi pecho, palpitando en la garganta, haciéndole cosquillas al estómago. Había volcado, muerto, aunque más vivo que nunca, pero muerto, rendido y apegado a un hombre nuevo.

Hubo varios. Nunca simultáneos, pero varios. Al corazón no le gustaba resignarse. Mucho menos aletear al ritmo de los demás mortales. A nuestro paso hemos dejado un reguero de hombres —entre ellos también al padre de mis hijos— con las bocas perplejas, el deseo aún latente y el corazón, según ellos mismos decían, hecho pedazos. Pero claro, era el corazón de ellos, al mío qué podía importarle. Iba ufano y un poco vanidoso, de haber sido él quien ponía punto final a las relaciones cuando, según su parecer, venían cuesta abajo. Una se pone en la piel de ciertos papeles y cree que los va a interpretar toda la vida. Cuando un día se entregó de lleno, arrastrando mi piel, mis huesos, mi carne, mi espíritu, mi sangre, mis sentimientos y mis emociones; cuando un día pensó “Con este hombre quiero que sea para siempre”, nos pusieron del otro lado de la escena y nos dijeron que ya no nos querían. Yo resistí. Es decir, era un ser de carne y hueso caminando entre la gente. Estaba entera o así lo parecía. Mi sonrisa no sería tan llana —tendía a torcerse hacia un lado de la cara— y mis ojos no brillaban demasiado, pero me vestía, me maquillaba, trabajaba,

salía con amigas, me vinculaba con mis hijos, sin estrechez, sin pegoteo, ya son grandes y yo... odio los emoticones.

A mi corazón, hasta ayer, no lo sentí. Pensé que estaba roto, confinado a una cama, en una especie de terapia intensiva, aleteando apenas, lamentándose por él y porque finalmente fue consciente de cuántos corazones había herido. Hacía cuatro años que no respondía a los estímulos. Fui yo —fue mi esqueleto, fue mi sangre, fue mi razón, fue mi cerebro— la que tuvo que poner las pautas nuevas. No resultó difícil que, a mis ojos, los hombres fueran igual a unos jarrones. En mi vida, pasaron a tener la misma injerencia que un jarrón. Algunos más vacíos; otros más o menos decorativos, a veces gratos de apreciar, pero olvidables. Como los jarrones no despiertan mi deseo, dejar de tener sexo fue muy fácil. No es ninguna tragedia. No se me veía tan mal. Tal vez un poco más callada —medía mis comentarios porque decían que estaban cargados de un tinte pesimista—, algo más desconfiada —me preservaba, tampoco era cuestión de abrirse con cualquiera—, y para decirlo de algún modo, menos ondulante. Parece que era el corazón quien le imprimía las vibraciones graciosas a mi cuerpo, ese devaneo que al distinguirlo en las demás, en los últimos tiempos casi me provocaba náuseas.

Como si una cuerda los estuviera conectando, los cinco corazones verdes hicieron reaccionar el mío. De repente, desatado, despertaba en mi cuerpo sensaciones antiguas: hormigueos, ansiedad, perplejidades. ¿Sería sensato que él volviera a tomar las riendas del asunto? Cautela, me pedí. No dejes que tu voluble corazón eche por tierra tu logrado equilibrio. Dudas, reflexiones, idas y vueltas: el corazón derretido y la cabeza tratando de desmenuzar aquel mensaje. ¿De qué otra cosa más que de sentimientos podrían estar

hablando cinco corazones verdes?, me pregunté casi cediendo ante ese paisaje sugestivo hecho de letras y de signos. El deseo empezaba a llenar los intersticios de mi cuerpo —extraño, dado que el hombre, de esa manera, no creí que a mí me interesara. Poco a poco, me iba volviendo, nuevamente, voluptuosa. Y poderosa. Y vanidosa. Como en épocas pasadas, me sentí en la piel de una mujer irresistible. ¿Acaso él no me había elegido entre las otras? Tilingas, sí, pero de carnes firmes, inimputablemente jóvenes. A esa edad todo se perdona —los devaneos, las provocaciones, los excesos—, en cambio a la mía... Debía evitar ser juzgada, señalada. Después de todo, y con honestidad, él tendría bastante menos que cuarenta. ¿Me animaría a salir con alguien de su edad?, me pregunté apelando a mi conciencia, tratando de evitar que mi corazón me zambullera de cabeza en aguas tentadoras. Me deleité pensando en las miradas que se desviarían hacia nosotros, en la envidia que provocaría, en la perplejidad del hombre que, habiéndose ido detrás de una mujer joven y ondulante, me había dejado el corazón en ruinas. Resentimiento, sí, era lo que sofocaba con mi actitud maníaca de mantenerme alejada de los hombres. Pero bastó un simple mensaje, en verdad, apenas unos emoticones —un lenguaje que hasta ahí detestaba, signos, dibujitos, colores, algo que de por sí cercena la palabra, algo en serie impreso en una plancha que uno envía para ganar tiempo, agilizar la conversación y, por fin, sacarse de encima al otro—, bastó eso simplemente para que mi corazón, saliendo del letargo, palpitando tal vez una venganza o paladeando por fin una alegría, echara por tierra una postura que parecía invulnerable.

¿Por qué no?, me pregunté temblando, con el celular en la mano, pensando en qué letras, en qué signos, me harían caer lo antes posible entre sus brazos.

Dándome un respiro, para comprobar que yo aún tenía un cierto dominio sobre mi propio cuerpo, como para sacudirme un poco el asombro en el que aún estaba inmersa, en última instancia para ver si lo veía expectante como deseaba verlo, me levanté de la silla y miré hacia el cubículo que él solía ocupar. Estaba allí, de pie, con gesto ansioso. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, me sonrió tímidamente. Enseguida bajó la cabeza, seguro atento a la pantalla de su teléfono, esperando... una respuesta. Entonces, de repente, dudé: ¿no había sido una sonrisa un tanto tibia? ¿Por qué, al cruzarse con los míos, sus ojos no mostraron un destello todavía más ansioso? ¿No estaría yo confundiendo timidez con desapego? Poco a poco, fui dejando crecer en mí la intuición de que él se había equivocado. Claro que sí. ¿Cómo no lo había pensado antes? Sergio se había equivocado. “¿Por qué te castigás así? ¿Por qué te reprimís?”, preguntaba esa parte de mí ya desatada, con unas ínfulas y un ánimo que casi había olvidado. Si aún había alguna duda, decidí que lo mejor era ignorarla. Entonces, desoyendo al corazón que mi pecho encerraba, confinándolo al lugar más oscuro de su cárcel, logré controlar mi respiración, levantarme de la silla y, poniendo a raya mi cuerpo —ninguna ondulación, ni un devaneo—, caminar hasta el cubículo de Sergio. Lo sorprendí atento a la pantalla del teléfono. No lo dejé ni reaccionar. Con suficiencia, con una voz tan calma que hasta me costó reconocer, dije enseguida:

—Sergio, leí un mensaje que, por cierto, no es para mí. Te equivocaste.

Me estaba yendo cuando él, haciendo una presión sobre mi brazo, me detuvo. Le brillaron los ojos. Antes de hablar, los labios le temblaron de una manera deliciosa.

—No, Soledad, no me equivoqué. Es para vos... El mensaje es para vos.

Las cosas de fondo

No sé por qué desvié la vista. No sé cuál fue el motivo que hizo que me distrajera de la charla y pusiera mi atención en la mujer que estaba afuera emponchada de pies a cabeza.

Almorzábamos con mi marido en la parrilla que a mí tanto me gusta. Se encuentra en una esquina, es un lugar pequeño, las mesas un poco más y se tocan. Yo encuentro que en eso está la gracia: la cercanía de la gente, el parloteo alegre, el olorcito a achuras. Nos sentamos en mi lugar preferido, junto a la ventana. Desde ahí podían verse las mesas que, a pesar del clima, habían preparado afuera: una hilera pegada a la pared bajo un toldo bien calefaccionado y otra cercana al cordón de la vereda donde, en un día como ayer, debía sentirse mucho frío. Será por eso que me llamó la atención cuando la mujer que estaba sola y abrigada como si estuviera en la Antártida

se sentó en una de esas mesas cercanas al cordón, encogiendo los hombros, frotándose las manos, tapándose los oídos con la vincha de lana que le cubría casi toda la cabeza.

Rubén seguía hablando. Me había llamado la atención que me invitara a almorzar porque, en los últimos tiempos, lo veía distraído y con un humor de perros. En este país no se gana más que para sustos y él estaba de reunión en reunión, llegando tarde, durmiendo poco, preocupado por asuntos de negocios. Pensé que, al fin, había decidido tomarse un respiro y cuando enfiló el coche hacia la parrilla imaginé un sábado diferente de los que veníamos teniendo, hechos de conversaciones forzadas, miradas algo esquivas y caricias que, detenidas en el pelo o en la piel del antebrazo, no terminaban de fluir. Él tenía puesto un pulóver oscuro que acentuaba la sombra de sus ojos cambiantes: de verdes a parduzcos, de euforia a aburrimiento, de entusiasmo a disgusto. Mientras me hablaba de una inversión no demasiado convincente, vi en el centro de su pupila un brillo parecido a la furia. Pendiente de los valores del mercado, hacía cuentas mentales y asociaciones difíciles de seguir. Creo que fue ahí cuando desvié la mirada. Sus palabras, entonces, empezaron a caer en saco roto.

—¿Me escuchás?

—Te escucho, sí —asentí de inmediato y de buen modo. No tenía la menor intención de echar a perder un mediodía que vislumbraba tan prometedor. Por otra parte, ¿qué más podía pedir? Estábamos juntos, rodeados de un bullicio festivo y al resguardo del frío. Por eso no pude dejar de sorprenderme cuando la mujer, que se apretaba cada vez más la ropa contra el cuerpo, elegía sentarse a la intemperie. Se subió el cuello del pulóver, se cerró el abrigo, se echó sobre la espalda una pañoleta gruesa, amplia. Yo, que ya

estaba en camisa, empecé a sentir pena al verla así, muerta de frío, y a punto de ponerse a comer sola. Deberíamos tener la misma edad. Pero por suerte para mí, nuestras realidades se veían muy distintas.

Me volví hacia Rubén, quien, después de todo, tenía la voluntad de estar allí, de conversar. Con mi aburrimiento, no le estaba pagando con la misma moneda.

—Servime vino —le pedí un poco intempestivamente, pero con actitud conciliadora, cómplice—. Vendría muy bien que alzáramos las copas.

—Después te da sueño. Yo te quiero despierta.

Aun dichas así, frías y con expresión algo enigmática, esas palabras me pusieron contenta. Cuando miré hacia fuera volví a sentir algo de pena: ella seguía allí, aterida. Yo estaba, en todos los sentidos, abrigada. Rubén, que ahora me hablaba de unas deudas que por fin había terminado de pagar, se interrumpió de pronto y, una vez más, me preguntó si lo seguía. Vi en su mirada la oscuridad de una tormenta. Me tranquilicé al pensar que los ojos de Rubén no siempre son espejos de su ánimo. El día estaba gris, el foco que tenía sobre la cabeza despedía una luz triste y, además, el pulóver: motivos más que suficientes para darle ese tono a su mirada.

—Claro que sí, Rubén —le dije sonriendo.

Justo en ese momento, a ella el mozo se le acercaba con la carta.

“Vamos a ser dos”. Pude leerle claramente los labios. Me impactó saber que esa mujer se congelaba reservando una mesa para alguien que, además, se daba el lujo de llegar retrasado. ¿Valdría la pena? ¿Se vería recompensado el sacrificio? ¿O simplemente, por querer distraerse un rato, por salir de la rutina, para no lavar dos platos, estaría pagando un precio alto?

—Las cosas están cada día más difíciles.

—¿Qué cosas?

—Todas, Amanda... todas —dijo Rubén con aire algo cansado—. Acaso...

Se interrumpió cuando el mozo llegó con las mollejas. Doradas, crujían sobre las brasas. Nos servimos. Él empezó a comer golosamente. Yo masticaba un poco desganada. Fue entonces cuando me distraje con el perro. La mujer, sentada afuera, lo recibió con entusiasmo. Hundió las manos en el pelo cobrizo y lustroso del cachorro. Enseguida llegó el hombre. A ella, una sonrisa le alumbró la cara. Parecía más cómoda, distendida, reconciliada con el frío. En cambio él, para darse calor, se frotaba los muslos y los brazos. Ataron la correa del cachorro a una de las patas de la mesa y parece que pidieron vino.

Me volví hacia Rubén. Sentí la urgencia de hacer fluir la charla —comiendo, entretenido, él no pronunciaba una palabra—. Le pregunté si el lunes a la tarde querría acompañarme al médico. Era un examen de rutina, pero después podríamos...

Me miró. El círculo negro de sus ojos parecía dilatado; el verde de los bordes llenos de pinceladas amarillas le daba un aspecto insano.

—¿Me preguntás en serio, Amanda? Te acabo de decir que el lunes tengo una reunión fundamental...

Turbado, empezó a mover la cabeza de un lado para otro. Apoyó los cubiertos. Dijo unas palabras que, cuando empezaron para mí a cobrar sentido, también hubiese preferido ignorar.

—No, claro. Vos no escuchás. Hace mucho que no escuchás. ¿Sabés qué, Amanda? ¿Por qué seguir así? No tenemos por qué seguir así.

Una disculpa se atropelló en mi boca. Mis labios balbucearon.

—No me pidas perdón. Esto viene de lejos. ¿Qué estamos esperando? ¿Por qué nos resignamos?

Hubiese querido volver el tiempo atrás... al menos al instante anterior, haberlo escuchado, haberle seguido la corriente. Si la conversación antes me aburría... ahora...

—Y la verdad es que... si hoy te traje hasta aquí, fue para decirte lo que hasta ahora no me animé a decirte: lo más sensato es separarnos, Amanda.

El mozo trajo papas fritas y un bife de chorizo. Después de hacer un gesto con la cara, de afirmación, de alivio, de convencimiento —“Así no sigo más”, parecía decir—, Rubén tomó nuevamente los cubiertos. Ellos, los de afuera, recién empezaban con el vino. La mujer tocó la tela de la campera del hombre y al darse cuenta de que era muy finita hizo un gesto solidario, compasivo. Entonces, inclinada hacia delante, extendiendo las manos, le prodigó a los brazos del hombre una caricia profunda, prolongada.

Rubén seguía hablando, “Lo pensé mucho, no estoy improvisando, ¿qué sentido tiene prolongar...?”. Comía un bocado y como si estuviera harto de mirarme, desviaba la vista y lanzaba al aire su discurso que después de atravesar los vapores del lugar, de rebotar contra las paredes, de zumbiar en los oídos de otra gente, se suponía que llegaría a los míos. ¿Cómo podría responderle, intentar, entonces, mantener un diálogo si ni siquiera tenía la posibilidad de leerle los labios? Conste que yo a toda costa hubiese querido salvar

esa tarde de sábado, evitar levantarnos de la mesa distanciados, evitar el silencio estruendoso que, más tarde... “Si vos sabés, Amanda, vos ya sabés...” se derramaría por cada rincón de nuestra casa, linda, coqueta, tan vacía: él nunca quiso tener hijos, yo nunca permití mascotas. Conste que lo hubiera intentado, que me hubiera esforzado para hacer que las palabras de Rubén al fin me alcanzaran si no fuera porque ellos habían sido para mí una presencia cautivante, una imagen de la que no podía abstraerme, un fuerte magnetismo, una fascinación, un efecto casi hipnótico del que no pude apartarme. Ella le extendió al hombre un trozo de pan untado en queso crema; con la otra mano se ocupaba del perro. Repartiendo caricias, el cuerpo de la mujer se iba expandiendo. El mío, en cambio, de a poco, se encogía. Empecé a sentir frío. Me puse el pulóver, me eché sobre los hombros la campera. Afuera, el mozo llegó con la parrilla. Brindaron. El parloteo alegre. El olorcito a achuras.

La otra cara

La vi en la confitería. Despertó mi atención en el mismo momento en que el mozo me trajo el café. De cada oreja le colgaba un aro diferente, lo que acentuaba la asimetría de su cara. Tal vez todos tengamos un lado de la cara levemente distinto del otro, pero en ella, en la chica que, sentada en la mesa contigua, miraba hacia mi lado, las desigualdades se me iban haciendo cada vez más presentes.

Tenía puestos unos aros de metal color bronce, anchos, largos. Uno de ellos, el que yo veía a mi izquierda, era una argolla rodeada de perlas muy pequeñas de la que colgaba una cortina de flecos finos y tupidos. El otro, de un aspecto más rígido, era un triángulo; dentro del triángulo una cruz; y del borde inferior de ese triángulo colgaban cinco o seis tiras de metal bastante anchas, también una especie de cortina de flecos, pero muy distintos a los filamentos

metálicos que colgaban del otro aro, más flexibles, dueños de un movimiento más gracioso.

Las cualidades del aro parecían transmitirse a la cara y la partían en dos. Gracia, liviandad, casi una especie de júbilo de un lado contra el dolor, la severidad, la tensión del otro. Sin encubrimientos, sin disimulo, dos caras de una misma cara me enfrentaban.

Había entrado al lugar muy animada. Federico llegaría en algo más de media hora. Me había anticipado porque quería tomar un café, continuar con la lectura del libro que llevaba conmigo y esperar, sabiendo que la espera —porque no todas las esperas son iguales— culminaría con la aparición de Federico, que desacelerando el paso que traía recorrería el lugar hasta encontrarme, vendría hacia mí y, antes de sentarse, me tomaría la cara con las manos para darme un beso tibio y largo.

Ahora, frente a esa chica de dos caras, con la taza de café a medio camino, de pronto, me sentí tomada por un gran desasosiego.

El ojo de la cara que estaba a mi derecha —a decir verdad, toda la mitad severa de la cara— se empecinó conmigo. Me miraba. Con insistencia. Pero no había en su mirada afán de curiosidad. Por el contrario. Casi de manera compasiva, su ojo tendía un puente hacia mí, como si ya supiera de antemano que podíamos hacer alianza. A propósito, desvié la mirada hacia la otra parte de la cara, la jovial, la que conversaba con su compañera de mesa: escuchaba, volvía a hablar, se reía, una secuencia que me seducía por la fluidez, por la espontaneidad, porque evidenciaba una personalidad segura, sin vueltas, transparente, toda una paradoja viniendo de la mitad de una cara, o sea de alguien que, por definición, ya estaba absolutamente dividida. Pero eso era algo que yo quería obviar. Y mi deseo, ignorando

los guiños de la otra parte de la cara —o el simple hecho de estar allí, con su presencia pasiva y contundente, porque sin mover un músculo, sin hablar, sin gritar, con la mirada sufrida del único ojo que tenía, la cara severa a mi pesar quería absorberme—, mi deseo era quedarme del otro lado, del festivo, con esa parte de la boca de la que parecían salir palabras animadas, con ese ojo que despedía chispas, una especie de alegría que trascendía el hecho de estar allí, en ese lugar, con esa compañía y que abarcaba algo más vasto, más inmenso, una especie de entusiasmo o de optimismo celebrando, quizás, el solo hecho de existir. Sí, hubiera querido quedarme de ese lado, panza arriba, relajada, como quien descansa en un paisaje soleado y bondadoso. Tomar café, leer, concentrar mi atención en la puerta hasta ver llegar a Federico, o mejor sin concentrar la atención en ningún lado, simplemente un fluir, paladear, empaparme del olor dulzón que impregnaba el lugar, dejarme sorprender por la llegada de mi amor. Sí, de mi amor. Pero la parte severa de la cara, de pronto, ya no era una presencia tan pasiva. De esa media boca pugnaban por salir sonidos que, al parecer, quedaban sepultados bajo la cruz metálica del aro. Palabras, gritos, ruegos, deseos inconfesados, frustraciones, un llanto persistente y doloroso. Algo se iba soltando en mí; sin embargo, la sensación era cada vez más opresiva. Mis brazos se soltaban, sí, la tensión, los esfuerzos que hacía para mantener apretados en distintas partes de mi cuerpo, ciertos asuntos que había decidido enterrar envueltos en celofanes de colores. Entonces las emociones y los sentimientos, ahora desatados, revueltos, empezaron a despedir olores nauseabundos y a mostrar, al fin, su podredumbre.

Y en esa marea que comenzaba a desfilar ante mis ojos, vi flotando un corazón roto, la sonrisa quebrada, un guardapolvo blanco, símbolo de niñez y de esperanza, un vestido de novia recién hecho, lleno de tules y bordados, que nunca llegué a usar, un hombre, la cara de un hombre, su perfil, sus manos, el cuerpo, la boca de ese hombre, el repiqueteo de las sílabas de un nombre que me deshace de dolor pronunciar; y materializados como cosas tangibles y palpables, flotando por ahí, el abandono, el desengaño, las desilusiones; y con colores destellantes, un número, mi edad, el treinta y nueve, insinuando con su fulgor una alerta despiadada: “¿Sin hijos todavía? ¿Qué esperarás?”. Y la cara de mamá, la mueca que le cruza la cara cuando me ve llegar, pena, conmiseración, “¿Qué será de esta chica?”, parece decir con cada aliento, con cada respiración, revolviendo los ojos hasta que, dando un suspiro, moviendo la cabeza de un lado para el otro, deja caer los párpados quizás para ahuyentar la imagen de su hija abandonada no digo a las puertas del altar, pero sí apenas unas horas antes.

Miré con bronca la parte severa de la cara. Ahora se veía totalmente vencida. La comisura del labio miraba para abajo. Tenía el párpado inferior hinchado —pensé que era allí donde guardaría las lágrimas— y, con su mirada misericordiosa, me llamaba. Para escaparme, salté hacia la parte de la cara que tenía puesto el aro blando. Tratando de afirmarme, me paré sobre las perlas. Si las demás podían, ¿por qué no podría yo deslizarme fluidamente, sin tropiezos, por el camino nacarado? Después de todo nunca es tarde. De formar una familia y tener hijos. De tener una casa habitada, hombre y mujer, niños, perro, gato, y no chocar con el vacío a cada paso. No pienses en el número, el treinta y nueve, porque hoy en día... no

pienses en que una se enamora solamente una vez, no pienses en que tenés ganas de bajar los brazos porque todo te resulta arduo, no pienses en que hace apenas seis meses, y después de muchos desengaños, al fin casi tocabas el cielo con las manos. No. Pensá que por este camino perlado, curvo y cálido, te podés deslizar hasta los flecos que, con delicioso vaivén, te llevarán hasta los brazos de Federico que ahora acaba de entrar, desde la puerta te saluda, alza la mano, se ve feliz, entusiasmado, se acerca, y una parte de vos, la que sonrío, la que se arregla el pelo, la que atrae con movimientos sutiles y sensuales —recordemos que estamos en la parte nacarada del aro— cuando él llega hasta vos responde al beso, con calidez, gozosa, mientras que en tu interior, muy del otro lado de vos misma, como si tus huesos fueran polvo, sentís que se te desmorona el esqueleto.

Este dolor dormido

Una mañana promisoría. En general me despertaba medio hundido, o por el gusto amargo de una pesadilla o porque ni bien abría los ojos el recuerdo de un divorcio más o menos reciente me tomaba. Había pasado más de un año, pero la pena, la bronca, la certeza de no haber podido, el hecho de cargar sobre mi espalda otro fracaso, aún dolían. Sin embargo, ayer salí tan bien del sueño que mi cuerpo no se obligaba a hacer, sino que actuaba. Me bañé, desayuné, subí al coche y antes de ir a la oficina, tomando por una calle angosta, enfilé hacia la de González porque tenía que hacerle firmar unos contratos. El tráfico embarullado, lento, a veces detenido, no llegaba a irritarme. Los rayos de sol entre las ramas hacían un juego lindo de luces y de sombras. Y los frentes de los edificios, con mármol, con acero, con puertas de dos hojas —no esos amplios espacios

de cemento custodiados por un hombre dentro de una cabina—, transmitían sensaciones amables. Me venían diciendo que, de un momento a otro, las penas se diluyen y uno empieza a sentirse como nuevo: ayer parecía ser el día.

Detenido en el semáforo, levanté la vista y vi el balcón de un primer piso con una de esas rejas protectoras de chicos que llegan hasta el otro piso. Ese enrejado verde —no de un verde chillón, de un verde rama—, lejos de asemejarlo a una cárcel, dotaba al espacio de una agradable intimidad. Un cantero con flores coloradas, un auto amarillo con un volante verde esperando algún chico, la puerta del balcón abierta, la punta de una cortina blanca que ondulaba. Y de repente, la vi salir. Ágil, contextura pequeña, un short, una remera a rayas, un par de esas pantuflas que tienen en la punta la nariz de un payaso. Me gustó el contraste entre las pantuflas aniñadas y el cuerpo bien formado que parecía proyectarse hacia fuera como si quisiera devorarse el aire. Divertido, pensé que traía un impulso exagerado, que de seguir así iba a toparse fuertemente con la reja. De pronto le vi la cara, la expresión de horror, la sangre, y vi al hombre que, saliendo detrás de ella con el mismo impulso algo desenfrenado, la agarraba de los pelos y la metía de nuevo para adentro.

El tráfico empezó a moverse, el día se me puso oscuro, no había paz para mí, no había descanso. Fue justamente esa conmiseración hacia mí mismo la que hizo que me diera cuenta de que no podía seguir haciéndome el estúpido. Si hubiese sido por mí, borrón y cuenta nueva. Yo era un espectador al paso, anónimo; nadie podía saber lo que había visto. El problema que quedaría por zanjar sería con mi conciencia, a la que en general sabía esquivar bastante bien. Pero casi escuché a mi exmujer, sus reproches, su exasperación

porque siempre me estaba poniendo en el centro de la escena. “El día oscuro para vos, ¿no me digas? Es ella, la mujer del primer piso, la que está en problemas. Tiene sangre en la cara, la agarran de los pelos, la están amasijando”. Empezaron a tocar bocina; el coche iba al compás de mis dudas: ¿paro? ¿Sigo? ¿Denuncio? ¿Me hago humo? ¿Quién se va a enterar? Si ni la conocés. Qué ganas de rajar, y sin embargo... las pantuflas con nariz de payaso, el cuerpo cimbreado, la cara ensangrentada, el pedido de auxilio. ¿Qué otra cosa estaría buscando ella al salir al balcón? Y el balcón, sobre todo el balcón, verde, manso, familiar, ramalazo de infancia. ¿Dónde estaría aquel chico que, para desoír los gritos, la pelea, los golpes, se subiría al auto amarillo, girando mil veces el volante con la intención de recorrer caminos alejados de una realidad que no le gusta? Cuánta imaginación, cuánta onomatopeya copiada de la tele (“Zum... Detente, bribón, ya te estoy alcanzando...”), para escapar del mundo de los grandes, de los ojos casi siempre aguados, de la sonrisa fingida de la madre. La cara de esa chica, los ojos de mi vieja, la voz de mi exmujer recriminando —“Negás, siempre negaste”—, los gemidos nocturnos, los oídos cerrados, la culpa apretujada en algún lugar del cuerpo largando su regusto amargo, el odio reprimido, la alegría con que a los quince años puse flores sobre la tumba de mi padre.

A todo esto, ya había avanzado casi una cuadra. Si seguía dudando, la mujer terminaría muy mal. Ver al policía facilitó las cosas. Arrimé el coche, lo dejé frente a un garaje, corrí a buscarlo. Alguien que salía del edificio empezó a los bocinazos. El encargado me detuvo. Agitado, atropellado, desesperado, yo intentaba explicar. “La van a matar. En aquel balcón. Le digo que la va a matar”. El barullo atrajo la atención del policía. Caminaba despacio, asomando la

nariz a una escena que no tenía muy claro si le correspondía resolver. Cuando llegó hasta mí, el pecho, que se le infló como a un pavo, lo hizo parecer más alto.

—Hágame el favor —me dijo con frialdad—. Saque el vehículo de ahí.

Lo puse en la ochava y me volví a acercar. Las palabras me salían a borbotones. Cuando al fin me hice entender, él me miró con desprecio.

—Así es que piensa que yo voy a ir a tocar un timbre por algo que, supuestamente, usted vio desde el coche.

—Tenía la cara ensangrentada. El tipo la hizo entrar de los pelos. A esta altura vaya a saber en qué estado la encontramos. Tenemos que ir. Es nuestro deber.

La cara del policía se ensombreció de golpe. Volvió a sacar pecho. Se llevó la mano a la cintura. Pensé que iba a valerse de un arma; di un paso hacia atrás.

—¿Usted me va a enseñar a mí cuál es mi deber?

No, yo no quería enseñarle nada. Solamente quería llevarlo hasta la escena del crimen. Eso dije: *escena del crimen*. Y cometí el error de tironearlo de la manga. Entonces su voz determinada, su mirada —como si mil agujas le hubieran salido de los ojos—, la propuesta irracional de que yo, y en lo posible la mujer, deberíamos dejar asentada una denuncia, la amenaza de que si no me dejaba de joder iba a esposarme, me hicieron comprender que con él no iba a poder contar. Qué ganas de aflojar, de dejar las cosas como estaban, de mandarlos a todos a la mierda. Pero se lo debía a la mujer, me lo debía. Si no esa culpa recóndita, empantanada, arrastrando

esta nueva culpa iba a seguir creciendo como un quiste y me iba a terminar matando.

—Y saque el vehículo de ahí —me volvió a repetir el policía cuando me vio con la intención de salir corriendo para el lado contrario. Me subí. Di una vuelta que me pareció muy larga, metí el coche en un estacionamiento. Volví al edificio, alcé la vista hacia el balcón y no vi a nadie. Toqué el timbre con vehemencia. También le toqué el timbre al encargado, aunque no aparecía. Al fin, a través del portero eléctrico, la voz de una mujer se hizo escuchar. Era ella, era la voz de ella. Esa cadencia metida para adentro, ese dolor dormido, resignado, esa falta de exaltación, de curiosidad, encajaban a la perfección con el perfil sufrido y añinado.

—¿Quién? ¿Qué quiere? Usted está loco.

—No, no estoy loco. ¡Escuchame! Yo vi. Juro que vi...

—¡Váyase, por favor!

Ese *por favor* no me sonó convincente. Un muchacho que venía canturreando entró al edificio. Con disimulo, atajé la puerta antes de que cerrara. Subí por la escalera. Arremetí contra el timbre. Ella abrió, nerviosa, confusa, manteniendo la puerta semiabierta. Cuando la vi frágil y bella, cortándome el paso, defendiendo la casa contra intrusos, contra fisgones que se deleitan con el mal ajeno, contra chismosos malintencionados, casi le doy un beso como a alguien que se conoce desde hace mucho tiempo. El mismo short y la remera a rayas. En lugar de las pantuflas, unas botas tejanas. El maquillaje, exagerado para alguien tan joven, queriendo disimular las marcas de los golpes. ¿A quién quería engañar?

—Confía en mí, por favor. No sigas aguantando esto. Te van a lastimar. A vos, a tu hijo...

—¿Qué dice? ¿Qué le pasa?

Entre ella y el marco de la puerta apenas una luz desde donde pude ver una franja del balcón —el mismo, el de la reja verde—, una cómoda, un televisor.

—¡Tenés que denunciarlo! ¿No te das cuenta de que ese hombre quiere terminar con vos? ¡Salí, cobarde! —grité entonces, haciendo presión sobre la puerta, encontrándome con la resistencia del cuerpo de la mujer, alentando a quien seguiría allá adentro para que se las agarrara conmigo y la dejara en paz a ella.

—Usted está loco, ¿no? ¡Sí, usted está loco! No sé qué es lo que pretende, pero váyase.

La voz le salió aguda, chillona. Esa desesperación, esa impaciencia, era otro grito de auxilio. No le convenía abrir la boca. Haciendo una nueva presión sobre la puerta, logré vencer su resistencia. Los gritos fueron todavía más agudos. Poniendo el cuerpo como escudo, me impedía avanzar. Su desesperación, nacida del miedo, de la sumisión, de la idea enfermiza de que estaba protegiendo al hijo, y mi impotencia —quería dar con él y deschavarlo— eran dos fuerzas que, enfrentadas, le daban más poder al enemigo. Pero esta vez, no; otra vez, no, me repetía mientras iba imponiéndome aunque ella me cortara el paso y me golpeará el pecho. Así llegamos hasta el umbral del *living*. ¿Adónde se habría metido el muy hijo de puta?

Entonces, apareció. Era alto, corpulento, de espaldas muy anchas. Tenía en los ojos una expresión de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Aliviada, ella corrió a refugiarse en él.

—No sé qué es lo que quiere. ¡Está loco!

—Yo vi cómo le pegaste, miserable —dije envalentonado; pero enseguida, amedrentado por el hombre que amorosamente se había soltado del abrazo de su mujer y que venía hacia mí, di un par de pasos hacia atrás.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó sin alzar la voz, sin alterarse.

—Te vi. Los vi. Desde el balcón. Mirá los moretones.

—¿A vos te parece? —dijo casi divertido, volviéndose hacia ella, buscándole la mirada. Sonrieron. La mujer se alzó de hombros. “Te lo dije”, parecía decir, “este hombre está loco”.

Él se acercaba más de lo que yo retrocedía. Estábamos frente a frente. De pronto, su mano hizo una leve presión sobre mi cuello; después pasó a mi cara —las huellas de sus dedos quedaron impresas en mi piel durante un tiempo. Así me fue empujando hacia la entrada.

—Oíme, pelotudo —me decía—, te vas. ¿Entendés? Te vas. Si te vuelvo a ver por acá no queda nada de vos, ¿me escuchaste? Decí que diste con buena gente.

Tal vez opuse alguna resistencia, tal vez balbuceé algo, tal vez tendría que haberle gritado a la mujer, que no hacía más que asentir con énfasis las palabras del tipo, que no perdiera la oportunidad de denunciarlo. Pero todo fue confuso y, muy pronto, estuve fuera del departamento y con la puerta en las narices.

Bajé las escaleras tambaleando. El encargado, al verme así, me miró raro. Amagué a decir algo, pero las palabras se me enredaron en la lengua. Subí al coche. No recordaba, ni siquiera, adónde iba.

Siempre la misma

Me despierto temprano. Atravieso el departamento de punta a punta, desde mi cuarto hasta el balcón. En el camino, el cuarto de Javier: la puerta abierta, la colcha sin arrugas, los almohadones en su sitio. Sin su presencia todo parece tan desangelado como un esqueleto sin la carne o como un cuerpo al que se le fugó el alma. Me detengo también unos instantes ante la puerta entreabierta de tu cuarto y miro. Tus manos reposan en las sábanas, mamá. El sueño le devuelve a tu cara la placidez perdida. Despierta estás tensa y al acecho.

Desde el balcón veo la avenida y un parque interminable. Ni a lo ancho ni a lo largo se distinguen sus límites. La insolencia del cielo despejado, la verde amplitud, los rayos del sol que avivan los colores de todo cuanto tocan, me devuelven intacto el paisaje de mi

infancia. Aquí nos criamos Javier y yo. En esta casa, la casa familiar, la que conoce nuestra historia. La que nos vio jugar, una y otra vez, carreras desde el fondo hasta el balcón esquivando sillones y los adornos finos de las mesas ratonas. Varios sillones, varias habitaciones, varias mesas ratonas, todo excesivo y opulento; cálido y abrigado como un colchón de plumas bien mullido.

“Cuidado”, nos advertías desde tu invisible pedestal, una altura hacia la que alzábamos los ojos para admirar tu cuerpo contundente que tan bien contrastaba con la suavidad de tus modales. Sin embargo, en tu mirada se veían la determinación, el orgullo, la arrogancia.

“Cuidado, se pueden lastimar”. Y te reías. Como si lastimarse aquí, fuera impensable. ¿Quién podría dañar la perfección de nuestro mundo hecho de desayunos tibios, cumpleaños brillantes, vacaciones largas, y siempre, siempre, siempre las complicidades con mi hermano pícaro, desenvuelto, hermoso, seductor? Que nadie me tocara a Javier, que a nadie se le ocurriera meterse con Javier. Más de una vez, salí mal parada sólo por encubrirlo.

— Siempre la misma, vos, ¿no? Siempre la misma.

Al principio tus palabras me parecían un juego. ¿Acaso no te habías dado cuenta de que él, pateando la pelota, había roto el velador? ¿O que haciéndose el loco había tirado el tintero arruinando la alfombra? ¿O que despreciando la comida, para no dejarla intacta, la pasaba a mi plato? Yo pensaba que sí, que lo sabías y que el “Siempre la misma, vos” era tan sólo un juego, una complicidad ahora entre nosotras dos para proteger una vez más a Javier, nuestro mimado, querido, irresistible Javier.

Pero, al parecer, crecí siendo siempre el mismo estorbo, el mismo disgusto, la misma preocupación.

“Siempre la misma, no hace caso” —le decías a papá, evitando contarle que un rato antes habías perdido conmigo la paciencia y, empujándome con tu cuerpo contundente, me habías encerrado en la pieza para que no se me ocurriera salir con una amiga que tenías entre ojos o con un chico que considerabas poca cosa. ¿Quién podría tener la estatura suficiente para juntarse con nosotros? Éramos los Alcorta, según vos, casi una especie de aristócratas.

Me hubiera gustado que, en esas ocasiones, Javier se pusiera visiblemente de mi parte. Pero enfrentarse a vos era una pérdida de tiempo. Sin echar más leña al fuego, creo que, de alguna manera, intentaba protegerme.

Encerrada, golpeaba la puerta desde adentro —vos tenías la llave, la herramienta capaz de violentar mi intimidad. Papá, al volver, me consolaba. Desde el umbral, parecías censurarlo. Él miraba hacia afuera y hacia adentro. Allí estábamos, una contra la otra, y él sin decidirse dónde imponer la autoridad. Finalmente, optó por rehuirme la mirada, acariciarme el pelo como si fuera una mascota y repetir siempre, con cadencia cansada, las mismas palabras: “Mamá tiene razón, hacele caso, ¿no te das cuenta de que tiene razón?”. Sin voz, sin opinión, se fue apagando. Un día —Javier y yo aún en plena adolescencia— amaneció sin vida. Pasaron muchos años. ¿Siete? ¿Ocho? Pero como si fuera hoy, todavía recuerdo tu cuerpo quebrado por el dolor, nuestro propio dolor, nuestra perplejidad. También recuerdo el abrazo sentido y prolongado con que Javier supo contenernos. A punto de cursar abogacía, codeándose, según decías vos,

con *gente como una*, también él seguía siendo siempre el mismo: nuestra bendición, nuestro orgullo, tus ojos.

Creo que la cercanía que tenías con Javier empezó a malograrse a partir del episodio de la manteca. Habían pasado casi cinco años desde la muerte de papá. Sin que vos lo supieras, yo estaba a punto de irme a vivir con un hombre que jamás hubieras aprobado. Entre Javier y vos había un entendimiento relajado. Yo te ponía los pelos de punta. “¿Con qué me va a salir ahora?”, parecías pensar al verme. Fue en esa época, en la que casi tenía un pie fuera de la casa, cuando apareciste una mañana con tus joyas. Era sábado, volvías del supermercado y en el interior de la bolsa que cargabas —un hilo cuando estaba vacía y de una capacidad sorprendente— fulguraban compactos, rectangulares y plateados como veinte paquetes de manteca. Javier y yo, que desayunábamos en el comedor diario, cuando te vimos entrar con esa bolsa, no reaccionamos de la misma manera. Él era tu aliado, descansaba en vos, no lo alertaba ninguna de tus actitudes. Para mí eras un paisaje atrayente cercado por las púas: me acostumbré a tantearte. Javier siguió tomando tranquilamente su café y dijo algo así como “Cuántas cosas ricas vas a preparar, mamá”, conciliador, indiferente como siempre a lo esencial. No había indicios raros en tu voz ni en la manera en que te desenvolvías. Sin embargo, yo contuve el aliento.

—¿De qué hablás, Javier? —le preguntaste.

Él señaló la bolsa.

—¿Qué decís? —¿acaso tu hijo predilecto había perdido la cordura?— Esto es una joya. Lingotes de plata que forman una escultura preciosa. La vi en la tienda y no pude resistirme. Voy a armarla en el *living*.

Entonces sí, él dejó la taza y me miró. Sin decir pío, te seguimos. Javier detrás de mí, anticipando un triste desenlace: que siempre me usaría como escudo. Sobre la repisa de madera empezaste a acomodar rectángulos plateados formando una pirámide. No sé lo que Javier pensó, pero a mí, te juro, mamá, el plateado sobre la madera oscura me resultaba fascinante. Es que, a pesar de nuestros enfrentamientos, más de una vez me pregunté si tu lógica disparatada no tendría algo de cierto. Ese día vi rectángulos macizos y de plata. Hasta que, de repente, frente a vos, en la repisa más linda de la casa, ya no tenías tus lingotes sino unos panes de manteca expuestos como si estuvieran en oferta. Desconcertada, miraste a tu alrededor. Nos enfrentaste... me enfrentaste —Javier había retrocedido— y mirándome fijamente, con dureza, con bronca, hasta con un dejo de hartazgo en tu voz elegantemente modulada, me dijiste:

—Siempre la misma, vos, ¿no es cierto? ¿Te crees que vivimos en la villa? Arreglá inmediatamente este desastre. Y que no se vuelva a repetir, ¿entendiste?, que no se vuelva a repetir.

¿Que no se volviera a repetir qué cosa? ¿La evidencia de nuestras discrepancias? ¿Que te la pasaras armando pirámides que yo no pudiera derribar?

A partir de allí un ida y vuelta, un viaje que Javier y yo hacíamos a través de los desplazamientos de tu mente: desde la estabilidad más absoluta hacia un universo patas para arriba. Tenés que ir al médico, mamá. Estoy sana. ¿Por qué despediste a la mucama? Porque roba.

¿Por qué tiraste los remedios, la comida recién hecha, la lámpara? Matan, estaba envenenada, leía y de repente dejó de iluminarme. De pronto, la mesa bien servida, tu palabra sensata. Es notable cómo uno decide aferrarse a lo juicioso y piensa que la locura es apenas un bache del que se sale ileso. Escucharte decir que los Alcorta éramos la crema del mundo, paradójicamente, nos devolvía la confianza. Tus cuidados, tus consejos, el orgullo excesivo que mostrabas por nuestros logros aunque fueran ínfimos. Me costó comprender que tu necesidad de exacerbarlos respondía a la imposibilidad de vernos tal cual éramos: los más normales de todos los mortales, hasta se podría decir que algo anodinos, como si al fin y al cabo eso no fuera una virtud, algo que iguala, mezcla, junta, evita que la nariz se asome para oler solamente lo podrido.

—Una se olvida un par de palabras y ya quieren diagnosticarle Alzheimer, ¿no es cierto, doctor?

Javier trabajaba —como hasta ahora— en Tribunales. Yo había abandonado economía —la segunda carrera que dejé inconclusa— y tenía intenciones de cambiar de empleo. Era lógico que te acompañara a las consultas. Los médicos se reían con vos. Es que sabías manejar las cabezas de la gente con la misma destreza con que un malabarista maneja las pelotas que echa al aire. Además, quién iba a creerle a una flacucha de veintidós años que se mordía las uñas, ansiosa por irse a vivir con un hombre que la estaba esperando. No era momento; imposible dejar solo a Javier con todo eso.

—¿Qué vamos a hacer?

—No te atormentes, hermanita, juntos vamos a encontrar una solución. Te lo prometo.

De Alzheimer no sufrías. Delirios, paranoias. Por momentos eras la de siempre. La que esperaba logros de una Gloria cada vez más opaca, la sombra de Javier que, según vos, estaba escalando posiciones y conquistando el mundo, por eso te acompañaba poco a las consultas, por eso no se podía ocupar de los detalles: médicos, remedios, mucamas, enfermeras, o de cosas tan superfluas y tan básicas como ir al supermercado, preparar puchero o hacer las milanesas.

“Por favor, por favor, por favor” era una oración casi religiosa que le repetía a las mucamas que no te soportaban, a las enfermeras que terminaban hartas, a Javier cuando lograba verlo.

—Pensemos en algún lugar donde internarla, Javier.

En sus ojos, que se abrían como platos, me reflejaba egoísta, miserable, poca cosa.

—¿Cómo podés decir algo así, Gloria? Se me parte el corazón. No te preocupes, estoy a punto de conseguir una persona para que se haga cargo. Tiene otro empleo, pero voy a tentarla, va a venir, todo se va a arreglar. Tené paciencia, tranquilizate, confía en mí.

Esa persona nunca pudo, nunca quiso, nunca apareció. Los médicos ahora sí me creían. “Conviene que no saque a su madre de la casa, si desconoce el ámbito es probable que no pueda resistirlo”. Y a mí qué me importa, hubiese querido gritarles, soy yo la que no puede más con esta carga.

—No dramatices —decía Javier—. No es para tanto. Hoy se la ve mejor. Y ya ves, los médicos no aconsejan internarla.

—¿Te vas, Javier? Esta noche quería salir con Luis. ¿No podrías quedarte? Por favor...

—Tengo una reunión de negocios, hermanita. No puedo postergarla. Decile a Luis que, cuando mamá se duerma, venga a casa.

Un día, otro y otro fueron sumando meses. Ya van más de tres años. Promesas, viajes postergados, salidas anuladas, entradas de cine a la basura, el hombre paciente y amoroso que me seguía esperando.

Por fin, hace un par de semanas, logré que alguien se quedara a cuidarte. Una mujer fuerte, seca, mandona.

—Qué cara tiene, Gloria.

—¿Tenés una opción mejor, Javier? Probemos.

Aurelia se desenvolvía bien con vos y con la casa. Pensé que a cara de perro es como te gusta que te traten. Además Luis se estaba impacientando; yo estaba tirando demasiado de la cuerda; había llegado la hora de poner mis cosas en un bolso.

—Voy a pasar unos días con Luis —le dije a Javier. Aurelia se va a ocupar de todo. Vos controlá un poco, ¿sabés? Dale una mirada a la mañana, antes de irte, y otra a la noche, cuando vuelvas a casa. Cualquier cosa llamame. De Caballito a Palermo, hay un paso.

Ni sí, ni no, ni divertite. Cara de circunstancia. Pero enseñuida, como si hubiera elaborado bien el hecho, iluminado por vaya a saber qué idea, me palmeó la espalda y dijo: “Andá tranquila, Gloria. Andá tranquila”.

El departamento de Luis es un pañuelo; sin embargo, allí, poco a poco mi pecho se iba expandiendo como un fuelle que había estado apretado entre dos barras. Ni la inmensidad verde que tengo ante mis ojos tiene la luminosidad de esas paredes. Noches de vino y velas; de abrazos postergados. Reconozco que no llamé por unos días. Es que la idea de que, en algún momento, la recompensa llega; es que Javier y Aurelia, es que mi pecho no había llegado a expandirse del todo.

Empujaste a Aurelia ya no dentro de una pieza sino hasta la portería. Subías, bajabas, hacías ruido. Me llamó el portero.

—¿Y Javier?

—No sé. Me dejó este número.

—¿Otra vez? —preguntó Luis en voz muy baja. Lo que agregó después ya no hacía falta: con los hombros caídos era la imagen del desconcierto y del hartazgo— No puedo más, Gloria.

Anoche volví a casa. Me preguntaste para qué había vuelto. La ropa tirada, las hornallas prendidas, el cuarto de Javier vacío. Vacíos los cajones, los placares, las perchas sin las ropas como esqueletos colgando de las barras. Sin embargo, la suciedad que había en la casa llegaba justo hasta ese umbral: al igual que Javier, su cuarto se mantenía al margen de todas las miserias. Vos también estabas sucia, mamá. Tuve que convencerte para que te bañaras. Y yo, que siempre soy la misma, no sentí ganas de internarte en un asilo sino que tuve muchos deseos de abrazarte porque no sé en quién te convertiste. El baño nos dejó agotadas. Descansamos. Esta mañana me levanté temprano.

Annette

La primera voz que escucha es la de ella, un sonido que le fue negado un tiempo largo, una entonación casi olvidada; por eso, al principio, no puede reconocer ese susurro, pero quién otra va a decirle “Querida, no tengas miedo, aquí estoy, ya pasó todo”. Quién otra va a pasarle así la yema de los dedos por la cara, al menos por esa parte de la cara que las vendas parecen haber dejado al descubier-to. Segundos antes, apenas recuperada la conciencia, había querido volver al lugar del no saber, del no sentir. El roce amoroso le da fuerzas. Qué caricia oportuna, qué palabras tan justas, “Hija querida, no tengas miedo, aquí estoy, ya pasó todo”. Quiere responder al balbuceo angustioso que no cesa, que insiste, que la llama, pero no le sale la voz. Quiere abrir los ojos y no puede. Poco a poco, volviendo del sopor de la anestesia, su conciencia, acostumbrada a disociar

—solía llevarla a lugares luminosos, la apartaba de su realidad descolorida—, no se decide, viene y va, no la deja despertar del todo. Le habrán extirpado los quistes que le impedían respirar como se debe. A partir de ahora, un inhalar y un exhalar más despejado; un transcurrir templado, roto el hielo que la separaba de mamá. “Ya pasó todo”. ¿Todo serían los enfrentamientos, las palabras hirientes que alguna vez se dijeron, la mano levantada al borde del sopapo, las odiosas comparaciones con la hermana? Eran muy diferentes. Ella más confrontativa que Verónica, más rebelde, pero no por eso menos apegada.

Alguien, del otro lado de donde viene aquel susurro, toma su mano entre las suyas. La piel un tanto rústica, pero el contacto tibio y abrigado, le acelera bruscamente el corazón. Aunque suena demasiado grave y la erre algo sucia y pedregosa, reconoce la voz de su papá: “Recuperate pronto, mi tesoro. Te queremos en casa”. Qué sorpresa le tenían preparadas las Perras. Así llamaba la familia a las amigas que, por la mañana, la habían acompañado al hospital. ¿Cómo se habrían hecho escuchar si ni a ella le devolvían los llamados, las cartas, los mensajes, los ruegos, los pedidos insistentes de disculpas? No sabía muy bien por qué pero, a veces, le parecía oportuno dejar unas disculpas. Sería una tonta si, removiendo dolores viejos, se le diera por despertar rencores. Ahora eran mamá y el roce suave, papá con la erre algo cambiada, la tibia sensación de estar cuidada, ¿qué más podía pedir?

—Pobrecita, qué demacrada está.

Como un potro brioso, su corazón —en apariencia, por el momento, el único de los órganos capaz de expresarse— le galopa en el pecho. No puede creer que esas inflexiones, dichas con crispación,

con pena, provengan de su hermana. Verónica parece sentir piedad por su extrema delgadez —bajó mucho de peso en los últimos tiempos—, por la palidez, por las ojeras, seguramente ahora acentuadas por haber tenido que pasar por el quirófano. Esa preocupación que le vislumbra, la desarma. Tal vez las piernas, los brazos, la boca, todavía no puedan responderle, pero el bloque que carga en el pecho, poco a poco, parece que ablandara sus aristas. Bendita la dolencia de las vías respiratorias. Benditas las amigas Perras. Benditos el hospital y los doctores. Bendita la anestesia. Bendito el despertar bendito, rodeada nuevamente de los suyos. Mamá, papá, Verónica, los suyos reclamándola en casa. Extraña cada rincón de aquella casa. Y los olores. Quiere volver a untar en las tostadas el dulce de frutilla, meterse en una cama bien tendida, compartir la pieza con Verónica, ser su cómplice, tener de una vez por todas, con su hermana, un vínculo de hermana. Hasta tiene ganas de volver a escuchar los retos y sermones que un día se cansaron de dar. “En esta casa se estudia y se trabaja”. Después la puerta, que nunca le volvieron a abrir, en las narices. Y un ir de aquí hacia allá, viviendo en casa de las amigas Perras. Se turnaban: “Te toca a vos”, “Dámela a mí”. Trabajos esporádicos, mal pagos, la actriz de poca monta nunca había logrado despegar.

—Despertate. Querida A... e..., despertate.

Las sílabas se le confunden, se le escapan, pero sabe que es su mamá la que pronuncia con tanto amor su nombre. Le gustaba el nombre en boca de su mamá. “Annette”, decía, retrasando las enes, apretándolas contra el paladar. En cambio su papá, enfatizando las tes, asociaba el nombre al cabaret. “Caprichos de tu mamá”, decía, “por eso tu bohemia, tu espíritu indomable”. Pero este hombre que

ahora la tiene tomada de la mano parece muy cambiado: no volverá a reprocharle el nombre que ni siquiera tiene la culpa de tener.

Se pone en movimiento la camilla. La voz categórica de una mujer intenta tranquilizar a la familia.

—Salió todo muy bien. Le sacaron con éxito los quistes, se extrajo la mucosidad, se corrigió el tabique...

—¿Por qué le vendaron media cara? —la voz angustiada de su mamá interrumpe. Debe ser muy difícil, para ella, verla así. Y sigue—
¿Por qué no le vendaron el oído?

¿Para qué le venderían el oído?

—¿Hubo que extraerle, como el doctor había sugerido, un pedacito de vena para ayudar a sostener la prótesis?

¿El miedo y la preocupación de su mamá la llevan a hacer preguntas incoherentes?

La camilla, de golpe, se detiene. Annette llega a pensar que es ella, o lo que es lo mismo su conciencia, la que esta vez sin quererlo, por pura inercia, de puro ejercitada que venía, la vuelve a desconectar del mundo. Lo llega a pensar por la quietud, por el silencio que ahora la rodea. Como puede, todavía sin voz y, a pesar de los esfuerzos, sin poder mover ni un músculo, lucha para no dejarse ir, para no dejarse llevar, para poder atravesar la supuesta oscuridad. Por suerte, una vez más algo se enciende. Vuelven a hacerse oír las voces —aunque la camilla sigue detenida, parece que estuviera en tránsito—, las voces que vacilan. El ronroneo inicial, de pronto, se convierte en un murmullo que su cabeza no llega, no quiere, no puede procesar. Es la enfermera quien, como si lo ocurrido fuera lo más natural del mundo, hace finalmente la pregunta.

—¿Ustedes esperan a la de la veintisiete, no? ¿Cuál es el nombre de su hija?

Con la misma entonación con que hubiera querido escuchar su propio nombre, escucha las dulces resonancias de otro nombre:

—Daniela Sánchez —contesta, confundida, la mamá.

—Daniela Sánchez sigue todavía en el quirófano. Ella es Annette. Annette Salas.

Entonces sí, ahora, de repente, como si hubiera estado largamente contenido, el cuerpo visiblemente se rebela. Primero son los dientes, el castaño nervioso, constante, casi enloquecedor. Después la puntada en el estómago y los espasmos en el pecho. Preferiría hablar, aclarar, preguntar, pero no puede. Así como su conciencia suele llevarla a otros lugares, ahora su garganta la traiciona. Entonces el pataleo furioso, exasperado, igual al de una nena caprichosa.

—¿Qué le pasa? —pregunta su papá, o el papá de la otra. ¿Quién sabe? ¿Acaso no tomó su mano entre las suyas? ¿Acaso no le dijo “Recupérate pronto, mi tesoro”?

—Nada. Algunos, al salir de la anestesia, sufren este tipo de temblores —dice, experimentada, la enfermera.

—¿Y los familiares? —amoroso y fraternal, ese papá anula para ella todo resto de esperanza.

—Vino acompañada de unas chicas —contesta la enfermera y busca ayuda.

Son dos las personas que intentan sujetarla, no se vaya a caer. No pueden con ella. Es indomable, incorregible, barajan la posibilidad de atarla.

La camilla, otra vez puesta en movimiento, la separa cada vez más de su familia.

Clea

Sentada frente a él, en la terraza del restaurante que tanto les gustaba, vio en su mirada transparente un fulgor muy expectante: estaba esperando que ella le respondiera la pregunta. Para darse un respiro, desvió la vista de la cara de su novio y recorrió con los ojos el paisaje. Una delicia ver el río fulgurar bajo el sol, las velas desplegadas de algún barco, la gente caminando sin apuro. Llegaban hasta ella retazos de diálogos más bien insustanciales, matizados con risas y murmullos. Sólo a Darío podía ocurrírsele transformar la liviandad y la belleza de un mediodía de domingo lanzando una pregunta trascendente.

Volvió a enfrentar la mirada cada vez más ansiosa de su novio, su cara de galleta ancha y redonda, su piel blanca como la harina.

Todo su cuerpo era esponjoso, todo él de facciones perfectas, aunque insulsas.

El mozo llegó con la ensalada y ella empezó a animarse. Estimulada por el aroma que despedían los mariscos, generosamente servidos sobre un colchón de hojas, no sólo sintió más vivo el deseo de comer, sino también el deseo de seguir sentada allí, cuando minutos antes lo que hubiese querido era desaparecer. Esto le pasaba muy seguido con Darío; momentos aplastados por el aburrimiento, a veces, vaya a saber por qué, hasta sumidos en la desesperanza, de pronto se veían ampliamente compensados y, de un instante a otro, su ánimo pasaba a tener la misma efervescencia que el *champagne*. Solicitud como siempre, él eligió para ella los mariscos más tentadores, le volvió a servir otra copa de vino y, sobre todo, porque la conocía bien y entendía que Clea tenía sus propios tiempos, abandonó el gesto ansioso y se dispuso a comer. Mientras tanto... el mientras tanto para ella resultó vivificante. Entregada nuevamente a los placeres —el paisaje, la galería amplia donde estaban sentados, el vino resbalando por el paladar, la tibieza de los mariscos sabiamente conjugados con las hojas crocantes—, la figura de Darío, su educación, sus modales, su elegancia más bien conservadora, empezaron a acomodarse. ¿Por qué no?, se preguntó. ¿Por qué no aceptar la propuesta de su novio? Después de todo era un hombre mundano, ambicioso, que se desvivía en complacerla. Y había algo en él que le atraía especialmente. Una cualidad que nunca antes había visto, y menos en un hombre. La piel de Darío, esa piel en apariencia fácil de ser vulnerada —uno pensaría que un leve pellizco podría enrojecerla; que en ese lecho esponjoso un chuchillo podría hundirse casi sin resistencia, remover, amasar, convertir los

órganos internos en una masa sanguinolenta y homogénea—, esa piel resultaba algo así como infranqueable. Ni los rayos del sol podían con ella. Cualquiera, al verlo caminando por la playa, daría por sentado que, de un momento a otro, quedaría abrasado. O que, por los efectos del calor, se iría derritiendo como el sebo. Pero la verdad es que, en esas ocasiones, era ella la que se veía perturbada. Ella, la que, obligada a embadurnarse con protectores solares, no tenía más remedio que recogerse el pelo; la que, fastidiosa, se sacudía los granos de arena que parecían querer fundirse con su cuerpo; la que solía secarse el sudor con un pañuelo; la que en los espacios húmedos y verdes, con movimientos ampulosos tenía que espantar a los mosquitos. Él en cambio, impasible. Decir que Darío era *limpito* era algo que sonaba banal. Pero, tal vez, de eso se trataba. Lechoso, largo, immaculado, de él se desprendía un aura luminosa, una especie de barrera a toda contaminación, a toda podredumbre, a toda suciedad. Su abrazo seco y perfumado era refugio y casa para alguien como Clea, tan proclive a arrastrar sobre sí las impurezas.

Aspiró profundamente para meterse dentro toda la paz del día. Miró a Darío que ahora, a su vez, le devolvió la mirada muy sereno. Sabía que ella le diría que sí, claro que sí. En un año, al iniciarse la siguiente primavera, se casaría con él.

Transcurría el mes de mayo. Habían pasado seis meses desde que aceptara la propuesta de Darío. El mientras tanto, hasta que se festejara el casamiento —una fiesta de aquéllas, invitados distinguidos, vestido con brillos y con tules—, se presentaba como un vértigo

que tenía por centro los preparativos. Por eso, cuando en la reunión de directorio —ella ocupaba un alto cargo en una empresa telefónica— se propuso para viajar a Barcelona, fue la primera sorprendida. En dos días podría resolverlo todo, pero, con cierta perplejidad, le dijo a Darío que se ausentaría por diez días. Sería algo así como una despedida de soltera: durante el viaje, tomaría una buena bocanada de aire fresco. Más tarde, ese aire exhalado, endulzado por el recuerdo, suavizaría la inercia de los días futuros.

Prepara el traje y las dos blusas que piensa usar en las reuniones de trabajo. El resto de la ropa es casual, liviana, divertida; la primavera de Barcelona es grata.

Las inflexiones de un español muy diferente al suyo le resuenan a Clea cálidas y blandas. Cargadas de silbidos y de pícaros matices, las voces le parecen susurros. De camino al hotel, la voz del chofer, no lo que dice sino cómo, termina por cautivarla del todo. Diáfana, luminosa, Barcelona parece tocada por los rayos más dorados del sol.

Dos días, un par de horas cada vez, es lo que le llevó resolver los asuntos de trabajo. En esos días también pudo recorrer Las Ramblas, visitar La Pedrera, hacer algunas compras por el Paseo de Gracia. Sin dar muchos detalles —prefería que él la creyera resolviendo situaciones laborales— hablaba frecuentemente con Darío. Ahora, después del desayuno, guarda el celular en la mochila —en Buenos

Aires todavía es temprano— y sale a caminar. La claridad es blanca, como bañada en sol, aun en la sombra. Nada parece pesarle esa mañana; siente que casi podría levitar. Tal vez por la mochila que está medio vacía, o por la ropa, el short, la blusa, las sandalias. Tiene al aire los brazos, las piernas, el escote, los pies blancos y menudos —lejos de la insustancial blancura de Darío, su piel tiene un matiz como de nácar. En la mano un mapa, sí, para orientarse. Aunque en esa ciudad le cuesta poco orientarse, o lo que es mejor, no tiene miedo de perderse. Entonces comprende que su propia levedad tiene que ver con eso: con no sentir sobre sí misma el peso de los miedos: miedo a dar un paso en falso, a decir lo que no debe —antes de hablar acostumbra pasar sus opiniones por el tamiz de su mente estratégica—, miedo de perder el control sobre sí misma y desbordarse. Tan ligera se siente, tan libre de los *hay que, debo que, tengo que*, que ni siquiera se molesta cuando ve la cola que tiene que hacer para entrar al Picasso. Se pone en la hilera de gente como ella, proveniente de otras partes del mundo, escucha los distintos idiomas, se siente feliz de estar parada allí, por suerte a la sombra, en esa callecita empedrada, sumamente angosta. Unos pocos pasos la separan de la otra vereda, de los frentes también hechos de piedra, de los balcones angostos provistos de rejas de las que asoman flores. La hilera se mueve muy despacio. El sol, lentamente, va mordiendo la parte de la sombra. De pronto, la belleza y la pulcritud del entorno se deslucen. Una ráfaga oscura ensucia el paisaje. Parándose en la vereda de enfrente, unos pasos delante de Clea, más cerca de la puerta del museo, el mendigo, sacando previamente el violín, deja el estuche abierto para que le echen monedas. La mugre y la pobreza —para Clea dos caras de una misma cosa— le revuelven el estómago.

Tiene ganas de irse. No tolera la imagen de ese hombre vestido de negro con el pelo suelto ondulado y largo, todavía más negro, y los pies tan sucios. Tiene puestas unas ojotas de cuero trenzado que, por no ser tan feas, llaman la atención de Clea. Entonces, advierte la primera señal de algo que todavía no había logrado percibir: las plantas de los pies del hombre son demasiado blancas. ¿Tiene los pies sucios o la piel oscura? ¿Los hombres de piel oscura tienen las plantas de los pies tan blancas? Él saca del estuche un pañuelo a cuadros, se lo acomoda sobre el hombro, apoya el violín, toca una melodía que ya invade el aire. Es notable cómo el dibujo negro y blanco del pañuelo armoniza tan bien con la camisa, el pantalón, el cinto marrón, la figura flexible y cimbreante. La hilera se ha adelantado. Ella todavía sigue en diagonal al hombre que mueve la cabeza al compás de la música; el pelo retinto, ondulado, le brilla bajo los rayos del sol. El brazo viene y va pulsando el violín, el cuerpo lo sigue. Los pies largos, de dedos torneados, parecen querer despegarse del piso. Alto, moreno, elegante —piensa Clea, ahora acalorada. ¿Por qué, si apenas la tocan los rayos del sol?—, de ese hombre podrían decirse montones de cosas, menos que es insulso. La hilera, otra vez, se adelanta. Clea, con esfuerzo, desvía la mirada. Tiene las manos húmedas, un hilo de sudor le corre por la espalda. Hipnotizada vuelve la cabeza. El gitano —él es un gitano— la está desnudando. Mientras con el cuerpo acompaña la melodía vibrante que él mismo arranca de las cuerdas, los ojos oscuros le miran los pies menudos y blancos, el escote amplio, la piel nacarada. La hilera se mueve otra vez. Él, girando el torso, le sigue los pasos; están frente a frente, los ojos insisten, insinúan, los labios ahora le sonríen. La puerta del museo está lejos todavía. ¿Para qué quedarse? Barcelona es grande; el

mundo está lleno de lugares bellos. Se impulsa. O al menos quisiera impulsar a su cuerpo, pero de la levedad de la mañana ya no le queda nada y solamente logra dar unos pasos que, para colmo, la acercan al gitano y la exponen totalmente a los rayos del sol. Suenan el celular. Agradece haber puesto ese sonido que puede escuchar a pesar de la turbación, de los rumores de la calle, de la música. Lo agradece porque ahora va a atender a Darío que, como siempre, de alguna manera la rescata. Cuando abre la mochila, casi perversamente, se le ocurre sacar unos billetes para tirárselos en el estuche y poner al gitano en su lugar. El celular se calla, vuelve a sonar; se calla, vuelve a sonar —el contestador estará registrando los mensajes. Se inclina, tira los billetes. Cuando se incorpora él está a dos pasos, el violín dale que dale, los ojos como brasas. El roce de los cuerpos y el “Guapísima” que sale de los labios del gitano —la ese susurrante, el tono provocador e indecoroso producen en Clea una descarga. El cosquilleo que le sube desde de las partes más íntimas del cuerpo la humilla, la avergüenza, la doblega. Clea deja la fila.

Por culpa de la lluvia

Era el lado izquierdo. El derecho me funcionaba bien. Por suerte, la cuestión sería transitoria: veinte días para que todo volviera a lo de antes. Veinte días. Apenas un punto a lo largo de una vida. Aunque deseosa por terminar con el asunto, confieso que los minutos desfilaban lentos y viscosos; eso de que *el tiempo vuela* no parecía cobrar, frente a mí, ningún sentido. Cuando miraba la férula que inmovilizaba parte de mi brazo —desde la base de los dedos hasta unos centímetros por debajo del codo— no sólo se me hacía presente la fractura en la muñeca izquierda, sino también la que, de pronto, invadía mi pensamiento y se trasladaba, finalmente, a mi vocabulario. Acostumbrada a no cargar las tintas sobre los aspectos negativos de las cosas, siempre me había resistido a verme involucrada en las conversaciones centradas en la salud, en el deterioro que los

años producen en nuestro cuerpo, en ese cansancio que acusa la mayoría de la gente a cierta altura, a mi juicio menos real que anímico, como si estuviera mirando con insistencia su propio calendario. Sin embargo, cuando circulando por ahí con medio brazo inmovilizado me preguntaban “¿Qué pasó?”, aunque mi respuesta era corta, concisa y exenta de dramatismo —un resbalón, una caída—, no podía evitar que los demás sacaran a relucir, casi con regodeo, las migrañas, la diabetes o las contracturas, contaminando cada encuentro agradable con la sospecha de la enfermedad, de la vejez y de la muerte. Pero la verdad es que, considerando los aspectos relativos del tiempo —¿vuela? ¿Un segundo es una eternidad?—, me empezaba a parecer a ellos. Por suerte, como dije, era una cuestión totalmente transitoria.

Por esos días, me volvía mucho a la memoria un encuentro que había tenido con un amigo muy querido. Es nuestro contador. Su asesoramiento siempre viene acompañado de un buen café y de una charla jugosa. Su estudio se encuentra en un edificio antiguo, ubicado en el centro. Al bajar del ascensor, para llegar a su departamento, hay que subir siete u ocho escalones. Parada frente a ellos, aquel día, tuve una actitud contemplativa que enseguida olvidé hasta que mi amigo, después de recibirme con la calidez de siempre, dijo algo así como “Qué bueno que es estar sano y seguir gozando de momentos gratos”. Este comentario, hecho con un tono agradecido y a la vez resignado, en otra ocasión me hubiera fastidiado mucho: una vez más la sombría amenaza, el tema de la enfermedad y de los

años. Sin embargo, debo decir que, esa mañana, contesté casi con entusiasmo:

—Y qué suerte que, todavía, pueda subir las escaleras.

Creo que lo que mi cabeza, unos minutos antes, había intentado soslayar, fue la impresión que me produjo la escalera, desafiante, alta. Venía distraída de la calle cuando, de pronto, sentí el impacto de encontrarme con algo que le ponía un límite a mi paso. Al último escalón, lo vi muy lejos. Hubiese querido tener alas. ¿Cómo es que yo, una mujer activa, pasando apenas los cincuenta, y sin haber estado aún limitada por la férula, me había parado frente a las escaleras como quien se para frente al Aconcagua? Me animo a decir que fue porque, unos días antes, había sucedido la caída. Era una mañana lluviosa, y mis zapatos —tacos altos, puntas finas, suelas lisas— no ayudaron. El resbalón fue apocalíptico. Planeé por el aire. Literalmente. Los brazos abiertos —la cartera por un lado, el paraguas por el otro—, la cabeza hacia atrás, la espalda y los pies a unos cuantos centímetros del piso. Mi cuerpo se torció hacia un lado. Al caer me golpeé el coxis, la cintura, la cadera, la muñeca, todo mi costado izquierdo. Afortunadamente, pude levantarme.

Un par de días después visité a mi amigo, el contador. Sobre los tacos siempre había caminado con fluidez, con elegancia; por un simple golpe no tenía la intención de resignarlos. Pero confieso que, esa mañana, tuve que hacer un pacto entre la altura, el sufrimiento y la armonía. Mantenerme en eje no fue nada sencillo. Para evitar el dolor del lado izquierdo, caminaba ladeada hacia el derecho. Entré al edificio antiguo, bastante dignamente. Cuando subí al ascensor, lancé un suspiro. La escalera que vi entonces, de grandes proporciones, no hizo más que enfrentarme con mis

limitaciones. Por eso es que, a sus pies, pequeña y encogida, la miré como quien mira el Aconcagua.

Como soy precavida, después de la caída apocalíptica, acudí a una guardia. El médico, obscenamente joven, palpó la muñeca, palpó el coxis y con un gesto displicente, me mandó de vuelta a mis tareas. Me pareció acertado. Habiendo desaparecido todo vestigio del tropiezo —sobre la vereda no había un desparramo de huesos, ni una cartera estrellada contra el piso, ni un paraguas absurdamente abierto—, no cabía esperar otro diagnóstico. Una semana después, el dolor, aunque más atenuado, persistía. Me arrepentí de haber consultado otro médico, demasiado cuidadoso, que me hizo tomar tantas precauciones como si un camión me hubiese pasado por encima. Fue él quien descubrió la fractura pequeña y escondida de mi muñeca izquierda. Quién sabe, tal vez se habría soldado sola. Es justamente ése uno de los pocos aspectos positivos que le encuentro al paso del tiempo, algo de lo que no me disgusta hablar porque el discurso, en sí mismo, encierra una esperanza: a la distancia los problemas se hacen mínimos; las heridas se cierran; intactos, renovados, de pronto, empezamos a circular de nuevo.

Mi marido, al verme con la férula, movió la cabeza de un lado para el otro. Al fin, no pudo evitar el comentario:

—Mirá que sos pava, eh. A esta altura, en un día de lluvia, no podés salir con esos tacos.

“A esta altura”. Las consecuencias de la caída, para él, estarían directamente relacionadas con la edad. El zapatero culpó a la suela

lisa del zapato. Mi hermana, opositora del gobierno, le echó la culpa al estado de las calles. Una amiga muy querida dice que nuestro lado izquierdo se relaciona con nuestra parte sensible y afectiva. Al escucharla me pregunto, aunque con bastante escepticismo, qué conflicto velado, qué turbación, qué miedo podría haberme hecho tropezar. Por mi parte, me inclino a pensar que por culpa de la lluvia la suela lisa del zapato no logró aferrarse a una vereda, a mi juicio, demasiado pulida.

Se me daba por pensar que así como un día, en nuestra casa, ocurre un desmoronamiento sucesivo de las cosas —se quema el lavapropas, la heladera se descongela sola y encontramos un charco de agua en la cocina, por la tarde la plancha hace un corto que nos deja sin luz, todo junto, como pidiendo tregua—, así, al parecer, nuestro cuerpo quería rebelarse. Después comprendía que era una asociación algo insensata. Para empezar, no somos una máquina hecha de piezas sueltas sujetas por tornillos; ni mucho menos manejadas por nadie. Al contrario, dueños de nosotros mismos, somos capaces de manejar nuestros destinos. Sin embargo, como si no fuéramos un todo fluido y rimbombante, en esos tiempos, no hacía más que dedicarme a emparchar las partes. Una muela había dicho basta y, casi simultáneo a la caída, lo del ojo. ¿Qué pasaba con mi párpado izquierdo de mañana? ¿Por qué, negado a abrirse, me impedía mirar lo que el ojo derecho estaba viendo, lo que todos mis sentidos percibían? ¿Por qué insistía en dejarme atrapada en la semioscuridad? Me llenaba de miedo esa insistencia en persistir dormido,

como si quisiera claudicar. Intenté quebrar su resistencia, busqué soluciones, consulté especialistas.

—Ojo seco —dijo el oculista.

—¿Cómo es eso, doctor? ¿Me contagié de alguien? Mi marido se despierta con lagañas y yo...

—No, no, no... —mientras su boca sonrió de forma perceptible, su mano hizo un gesto para hacerme callar.

—La causa principal del ojo seco son los cambios hormonales.

—¡Qué quiere decir!

—Es por la edad —concluyó fugazmente, sin amedrentarse por el tono desmesurado de mi voz chillona.

En mi mano sana puso unos frascos de lágrimas artificiales. Abrió la puerta del consultorio y me señaló la calle convencido de que ir perdiendo fluidos por la vida y convertirse en algo ajado era lo más normal del mundo.

Otro médico. El mismo que me había diagnosticado la fractura. Nunca me había entendido muy bien con él por su manera tan parsimoniosa y porque le daba un sentido demasiado literal a las cosas. Frente a la nueva radiografía se tomó su tiempo.

—Esta fractura todavía no soldó —dijo con un aplomo que me sacó de quicio.

—¿Cómo que no soldó? ¡Me muero!

—No. De esto no se va a morir. Su fractura...

—Quiero decir que no aguanto más, doctor. Usted dijo veinte días. Pensé que hoy iba a darme el alta.

—Yo dije que volveríamos a controlar en veinte días. Algunos huesos sueldan con más facilidad. Los suyos...

—¡Qué pasa conmigo! —mi voz había subido decibeles. Si algo podía yo decir sobre mis huesos, era que sentía todo el esqueleto tenso.

Él, cauto, no contestó nada.

—Tenemos un viaje programado. Por este asunto no voy a postergarlo. Le advierto: no pienso ir con la férula.

—Bueno.

—¿Bueno, qué? ¿Puedo sacármela?

—Si usted quiere sufrir lesiones de por vida, e impedimentos en la movilidad por una lesión irreversible, claro que sí, puede sacársela.

Me puse a llorar. Él me alcanzó un pañuelo.

Los recuerdos más intensos que tengo del viaje que me empeciné en hacer —de testaruda nomás, afirma mi marido— rondan alrededor de los momentos en que desayunábamos junto al enorme ventanal, frente a un paisaje nevado recortado en un cielo majestuoso. Ni una miserable nube opacaba la luminosidad del lugar. Mis ojos, por tanto rayo refractado, iban a terminar cegándose. Y yo, que tan bien había manejado siempre los esquíes, que elegantemente enfundada, al descender desde los cerros más altos, solía dejar una estela colorida y zigzagueante; yo, que había sido objeto de admiración por encajar de manera maravillosa en el paisaje, estaba del otro lado, masticando medialunas y untando con dulce de

rosa mosqueta las tostadas. Cuánta envidia me producían las otras, ahora las verdaderas protagonistas que, zigzagueando entre los cerros, me dejaban relegada a un segundo plano, plano que siempre había sido para mí objeto de burla: al de las mujeres que, vestidas para esquiar, desde el lado que ahora resultaba ser el mío, contemplaban como hipnotizadas la inmensidad que se desplegaba ante sus ojos.

—¡No entiendo! ¡No entiendo! ¡No entiendo! —mi marido, después de tirar en el plato la tostada que se le rompía entre las manos, se sacudía las migas con impaciencia, se revolvía en el asiento, me clavaba, con insistencia, los ojos salidos de las órbitas.

—Bueno... no traje otra ropa...

—Eso es lo que no entiendo. Dos horas para ponerte el traje, la férula se engancha en esas mangas, se puede desgarrar la tela, son demasiadas capas, de tanto poner, sacar, volver a poner, tu mano corre riesgo. Y encima...

—¿Y encima qué? —le dije conteniendo el llanto, sabiendo que venía la parte más humillante del asunto.

Y lo dijo. Casi con satisfacción, haciendo un gesto que abarcaba a las otras, mujeres que, como yo, por un motivo o por otro, resultábamos simples espectadoras.

—Sos una más de las que tanto criticás.

Miré a mi alrededor y el alma se me vino al piso. Una con un traje amarillo, anteojos de montura gruesa y un par de libros en la mano, esperando como lo hacía habitualmente a su familia porque, como ella misma decía, no le daba el físico. Otra, algo entrada en kilos, enfundada en un traje fluorescente, entregada totalmente al placer de las tostadas. Y la tercera... fue ella la que hizo que, al fin, largara el

llanto contenido. Durante muchos años la vimos esquiar con gran destreza. Este invierno, había colgado los esquíes. Era madura, pero no era vieja; además, seguía siendo muy hermosa. “Conozco mis limitaciones”, me había dicho con una resignación conmovedora, una tarde en la que conversábamos junto a ese mismo ventanal.

Al volver del viaje, supuestamente, faltaban pocos días para dar fin al tratamiento. Tal vez por eso, me vi tentada de sacarme la férula, por un rato, para ir al cumpleaños de Marcela. Sin embargo, sin la férula, el quiebre, de todos modos, parecía percibirse. Así como había modificado mi vocabulario, también modificó algo en mi actitud, en mi postura, en mi apariencia cercana a lo agresivo. Me vi envuelta en dudas, en temores, en vacilaciones. Las veredas rotas, los presagios de lluvia, el equilibrio menguado por los tacos, fueron apenas excusas que me distrajeron para no enfrentar ciertas preguntas: ¿qué será de mí? ¿Qué pasará mañana? ¿Podré contar con la salud de siempre? ¿Con esta lucidez que hoy percibe que no todo es tan llano?

No me saqué la férula. No porque el médico me haya aconsejado usarla la mayor parte del tiempo; no me la saqué porque, sin ella, me sentí un blanco todavía más fácil.

La cena familiar que organizó mi nuera fue inesperada, pero oportuna. Pensé que ella, con la que siempre había tenido una relación

muy afectuosa, nos reunía para festejar que el tratamiento estaba llegando a su fin. Es que, efectivamente, un par de días atrás, yo había visitado al médico quien, conforme con mi recuperación, me fue indicando cómo ir prescindiendo, poco a poco, de la férula. Al fin volvería a conquistar todos los espacios de los que me había visto relegada: volvería a manejar, volvería al gimnasio, volvería a vestirme sin tropiezos y, sobre todo, y lo que me hacía tocar el cielo con las manos, era que volvería ser una mujer libre de toda incapacidad, de toda molestia, de toda limitación. Volvería a ser la de antes, la de siempre. La fractura pasaría a ser un hiato, un quiebre, una piedra en el camino que iría quedando atrás.

Llegué a la casa de los chicos con un humor inmejorable. Mi hijo mayor me recibió contento. También estaban invitados el menor, adolescente, y el segundo con una novia nueva con la que estoy iniciando un muy buen vínculo. Entre la gente joven, yo me siento en mi salsa. Hablo de igual a igual. Me da pena notar que a mi marido no le pasa lo mismo. Lo veo como en cancha ajena. Y ese discurso arcaico que pregona no ayuda: “Cada cual en su rol, en su edad, a su manera”. La cena transcurrió entretenida. Estábamos saboreando el postre cuando mi hijo mayor alzó una copa con actitud anhelante. Se produjo un silencio cargado de curiosidad. Con ojos llenos de entusiasmo, buscó los ojos de mi nuera. Divertida, me pregunté qué se traerían entre manos. ¿Se mudarían? ¿Volverían a viajar? Siempre fueron chicos muy inquietos; se la pasaban de un lado para el otro. Mi hijo entonces, de pronto, se volvió hacia nosotros.

—Quiero decirles... —se le quebró la voz. Volvió a iniciar la frase— Mamá, papá... en unos meses van a ser abuelos.

¿Abuelos? Mi marido, con una jovialidad inusitada, saltó de la silla y fue a abrazarlos. ¿Abuelos? Hubo saludos, exclamaciones gozosas, alguna lágrima asomando y yo, como si miles de años me hubieran caído encima, con la boca abierta y alelada me seguía preguntando: ¿abuelos? Hice el intento de levantarme de la silla, pero una fuerza extraña me tiró hacia abajo. Fue mi nuera la que, como siempre cariñosa, atenta a mi condición, a mis limitaciones —después de todo tenía una férula en el brazo y pronto sería abuela—, hizo un gesto para que no me levantara, se acercó y, arrodillada, me rodeó con sus brazos.

Insomnio

Ellos están sudando. Yo también. No hay amparo: apenas un alero, un par de toldos, algún árbol en esa calle de veredas angostas, pura calzada, asfalto gris que abre los poros bajo el sol tirano. El calor, entonces, también brota desde abajo. Comparto la sensación que los abrasa. La piel nos brilla, como si nos estuviéramos disolviendo parecemos envueltos en una película de agua. Sin embargo, esos cuerpos estoicos —el de ellos, no el mío— no se agobian. Sudados, morenos o lechosos, algunos semidesnudos, musculosos, turgentes, otros por el paso del tiempo con huellas en la piel que el sol subraya, envueltos en la bruma caliente están alertas, como en pie de guerra, acechando, sintiéndose acechados. Me parecía a ellos. Ya no. Pero supongamos que, saliendo del letargo, obligara a mi cuerpo a moverse, no digo a darse un baño porque el

baño está a oscuras y no hay agua, pero tal vez atándome el cabello, poniéndome un vestido de tela livianita, claro y suelto, y unas sandalias de esas que me hacen sentir descalza, verificando que la mochila esté cerrada, escondiendo en un bolsillo las llaves, en el otro los documentos, en el otro la plata, y mezclándome con ellos anduviera por ahí, también usaría la estrategia de mostrarme fuerte, de esconder el miedo, de acechar al vecino, de huir, porque tiene un aspecto descuidado —como si yo fuera a verme tan cuidada con el único vestido que aguanto sobre el cuerpo, las sandalias viejas, algo sucia porque además las cañerías se secaron—, huir del hombre que podría amenazarme con un arma y robarme lo que sea. Alerta, sí. Guerrera y bien despierta. Ahora, ya lo dije, estoy aletargada. De la boca del subte sale gente todavía más acalorada buscando botellas de agua fresca. “El subte se detuvo”. Escucho con nitidez esa frase que parece provenir de lejos; se la van pasando unos a otros como se pasa una pelota en un campo de juego. Entonces, un ejército de hombres y mujeres —los que salen de las bocas del subte y tantos otros que se fueron sumando— marcha hacia el almacén que tiene las puertas cerradas porque hace días que no hay luz y tiene miedo de que lo saqueen. O peor, de que lo linchen, porque exhibe en las góndolas bebidas calientes y comida a punto de pudrirse que no tiene la intención de regalar porque a él nadie le regala nada. Le golpean la puerta, le dicen que es un negro, que es un turro, un negro turro desconsiderado que no tiene en cuenta las necesidades de la gente. Y ojo, porque entre ese ejército de hombres y mujeres hay de todo. Los chorros, los decentes, los que aprovechan el desorden para manosear a las mujeres, los que les gusta llevarse souvenirs a la casa, los sanos, los enfermos —la farmacia también cerró sus

puertas porque a oscuras quién sabe—, los que tienen sed de veras y los que mienten. Los que se ponen nerviosos porque van a llegar tarde a su trabajo —el subte no funciona, los colectivos no pueden dar abasto— y los que buscan trabajo o porque nunca lo tuvieron o porque fueron despedidos de las fábricas. Y entre ellos, andando por ahí, los que no quieren trabajar, viendo si consiguen con mayor o con menor violencia algo de quienes se preocupan por ganarse un pedazo de pan.

Y entonces, de repente, por el medio de la calle pasa un coche que se destaca entre los otros, de alta gama, blanco, largo, recién salido de la concesionaria —eso explica tal vez los vidrios claros—, forrado de una música estridente, como si tuviera los parlantes para afuera, llamando la atención de todos que, en simultáneo, dejan de hacer aquello que los ocupaba. Secándose las frentes, pasándose pañuelos por el cuello, abanicándose con los diarios, aturdidos, fijan la vista en el coche que ahora se ha detenido en un semáforo y en el conductor que, enfundado en un pulóver, mueve la cabeza y hace sonar los dedos al son de la música estridente. Ellos, hombres, mujeres, chicos, rodean al coche que sigue detenido en el semáforo, deseando que el conductor abra las ventanillas aunque sea para meter un minuto la cabeza y aspirar un poco de aire fresco. Alerta, el conductor apaga la radio, toca bocina y hace andar el coche como puede, como le sale, con la intención de no matar a nadie pero convencido de poder matarlos si no deciden liberarle el camino. El coche logra avanzar dejando nada más que un par de personas lastimadas, poca cosa, pero todos, eso sí, enfurecidos. Porque son muchos los barrios sin luz, sin agua, muertas las aspas de los ventiladores, mudos los equipos de aire frío. ¿Acaso para pasarla bien hay que tener un

coche?, piensan mientras lo ven partir imaginándose a oscuras, sin heladeras y sin agua, pero cada uno en su coche, dando vueltas a la manzana, si todos los coches fueran blancos mejor, si todos fueran de alta gama mejor, si todos fueran iguales y tuvieran las mismas dimensiones y fueran a la misma velocidad mejor, la ciudad un ejército de coches dando vueltas, uno detrás de otro y, cada uno de los conductores, con el equipo de aire acondicionado encendido, consumiendo, derrochando sin culpas, muertos de risa y de frío tarareando seguramente una canción.

Tengo la cabeza todavía pesada, llena de la imagen de esos coches que parecen estar manejados por alguien desde arriba, como si de cada uno saliera un cordón y una mano fuerte, al sostenerlos, los hiciera formar parte de un carrusel gigante y atractivo. Vueltas, vueltas y más vueltas. Los coches igual que mi cabeza siguen dando vueltas. Mi cuerpo, pegajoso, chapotea casi sobre el propio sudor entre las sábanas. Y mis párpados luchan, se abren y se cierran, se cierran y se abren hasta que, de una vez por todas, la vigilia me rescata.

El viejo

Las instrucciones de mamá, por una vez, cobraron un sentido diferente al de la impertinencia, la indiscreción o el desatino. Disimulaba su metro cincuenta detrás del cuerpo de la enfermera de turno evitando así que la viera mi padre, a punto de ser llevado al quirófano. Mamá no estaba erguida. O sí. Tal vez no podía erguirse más por eso de los años, pero aun así, pequeña y encogida, tenía una determinación que era innegable. Yo presenciaba la escena muy nerviosa. No tenía idea de con qué se saldría, qué bicho le había picado, cuál era la intención de mamá al abordar así a esa mujer, cortándole el paso de raíz. Después de todo, en esa pieza, ¿quién tendría más poder que la enfermera? Conocería los detalles de la intervención, los peligros a los que mi padre estaría expuesto, la calidad de vida que podría esperarle a un hombre de más de ochenta y

cinco años una vez que le reemplazaran la cadera. Si mamá la ofendía, él podría ser ignorado, no le darían medicinas, no le prestarían atención. Tal vez con unos pesos... de eso debía tratarse... mamá iba a darle a la enfermera una propina para evitar una catástrofe.

La enfermera no movió ni un músculo. No pudo. Había algo en la mirada de mamá, en las palabras susurradas, en el movimiento de las manos que dejaron, al fin, al descubierto algo que, ciertamente, no era plata. Era el pañuelo de mi padre, blanco, las iniciales bordadas en el extremo derecho con un hilo plateado.

Mi hermana, que había adivinado la intención, se acercó a mamá formando un frente, aliada incondicional, cómplice. Yo, como siempre, en ascuas. Por un momento me centré en mi malhumor, en el disgusto por sentirme desplazada. La distancia corta entre ellas dos; en cambio yo en la otra esquina de la pieza: ese diagrama mostraba claramente nuestros vínculos. Dejé de lamentarme y me acerqué para escuchar las palabras, el murmullo enérgico, la instrucción que mamá le daba a la enfermera para dignificar al hombre a punto de ser operado.

—Usted le quita la dentadura en el momento justo. Ni un minuto antes. Por favor.

El *por favor* hizo que la enfermera, bajando la guardia, distendiera los hombros e inclinara la cabeza.

—A él no le gusta que lo vean sin los dientes. Es muy coqueto, ¿sabe? Sáqueselos cuando estemos todos afuera de la pieza. Justo cuando lo estén por llevar, cuando ya no tenga que dirigirle la palabra a nadie. Los envuelve con esto y me los da —dijo entregándole el pañuelo. La enfermera asintió, guardó el pañuelo, hizo un guiño cómplice.

Creo que la figura pequeña de mamá fue, de repente, inmensa ante sus ojos.

Es posible que nunca me hubiera animado a enfrentarlas de no haber visto la expresión de la enfermera que, a mi juicio, había terminado hartándose: un encogerse de hombros, un movimiento de la mano como diciéndole a mamá y a mi hermana “Están advertidas, yo me voy, hagan lo que quieran”. Mi padre, nuevamente, en la pieza. Acostado de espaldas, la cabeza pesándole a la almohada, los ojos cerrados, la boca hundida en la cavidad sin dientes. Una cavidad que mi hermana y mamá decidieron que había que llenar de inmediato, sin que mediara el tiempo prudencial, corriendo el riesgo de que, a causa de una respiración abrupta, él se ahogase.

Desde la entrada de la pieza, las veía activas, conspirando. Aunque la verdad no, no conspiraban. Había entre ellas un entendimiento mutuo y tácito, algo que les permitía comunicarse sin esfuerzo, sin palabras, como si no hubiera distancia entre una y otra.

Le habían preguntado a la enfermera. La enfermera había dicho “Mejor no”. Ellas no hicieron caso. Mamá descubrió, entre los pliegues del pañuelo, la dentadura entera. Una sonrisa inanimada. Un algo sin sentido de no ser encajado donde debía encajarse: sobre las encías de mi padre convaleciente, ajeno al destino de esas prótesis, quizás más interesado en no rechazar la otra que ahora reemplazaba su cadera.

Una parte de mí se vio tentada a salir al pasillo, cerrar la puerta de la pieza y dejar que ellas hicieran de las suyas: tratar de abrir la

boca del hombre que dormía. Mantenerla abierta les supondría un problema. Pero entre las dos... una forzaría hacia arriba, la otra mantendría la mandíbula baja, después una presión certera para llenar lo antes posible la cavidad hueca y completar al hombre. La pieza suelta no hacía más que provocar incomodidad, desasosiego. En cambio, con los dientes, mi padre daría la impresión de ser el de siempre, conciliador, mundano, elegante. Esa ilusión nos alejaría a todos de la muerte: a mamá, a mi hermana, a mí también, por eso me vi tentada a dejarlas hacer, a que volvieran las cosas al lugar debido. Pero la enfermera había dicho “Ahora no”. Y ellas comenzaron a molestar al viejo. Le torcían la cara, tiraban para arriba y para abajo, interrumpían su sueño, le arrancaban un ronquido o un suspiro o un ruego, vaya a saber qué era aquello que provenía de las entrañas de mi padre y que me hería mucho más que las encías desnudas. No pude tolerarlo. Me acerqué, no para ayudarlas sino para impedirles la tarea. Tironeé de la ropa de mi hermana, le llevé el brazo para atrás.

—¡Así no! Por favor. Se va ahogar. ¿No se dan cuenta de que se va a ahogar?

Ella se dio vuelta y me empujó. Mamá, con la dentadura en las manos, me atravesó con la mirada.

—¿Qué pasa? No lo vamos a lastimar, no tengas miedo. ¡Lo hacemos por él! ¿No te das cuenta de que lo hacemos por él? Mirá el aspecto que tiene, pobre viejo.

—Se moriría de vergüenza si lo vieran así —dijo mi hermana, mirándome como si yo fuera una insensible—. ¿No lo conocés? Tan impecable, tan coqueto.

—Lo van a ahogar —me envalentoné. Las agarré del brazo, las aparté un poco de la cama—. No es el momento. La enfermera dijo que éste no es el momento.

Volví a sentir otro empujón. Amenazantes, se plantaron interponiéndose más entre mi padre y yo. Nunca las vi tan parecidas. Violentas, indignadas, formaban un frente irreductible.

—¡Andate! —dijo por fin mi hermana mordiendo las palabras. El cuerpo adelantado, la mano levantada como si estuviera a punto de darme un cachetazo— Con tus miedos no vamos a llegar a ningún lado. Dejate de joder y andate.

Busqué en los ojos de mamá una luz compasiva, un atenuante, pero la ira los encendió más.

—¡Sí, sí! ¡Haceme el favor de irte de una vez! —con la mano que sostenía los dientes me señaló la entrada.

Volvieron sobre el viejo. Le abrían la boca, le torcían la cara, forcejeaban. La resistencia de mi padre —la crispación de la boca, la respiración incómoda, la tos— no parecía intimidarlas. Finalmente, lograron insertarle eso que, de una vez por todas, le mejoró el aspecto.

Agarraron los abrigos, las carteras y, para reponerse, fueron por un café oscuro y amargo como solían tomarlo. No sé si sabían que yo estaba a unos pasos, cerca de la ventana, escondida detrás de la cortina, retorciéndome las manos, atenta a los sonidos que provenían del cuerpo de mi padre, muy parecidos a una queja o a un lamento. Me acerqué a él. Le vi el ceño fruncido, la boca tensa, el pecho hundido, reclamando por aire. No fue difícil; después de todo, él siempre había estado de mi parte. Primero le pasé los dedos por la frente. Después por los surcos de la cara, por el óvalo a esta

altura imperfecto, por la boca de contornos algo desdibujados. Le separé, suavemente, los labios y, de un momento a otro, tuve la dentadura en las manos. Poco a poco se le iba aflojando el entrecejo. La respiración se iba volviendo calma.

Lo callado

—¿Qué te pasa?

Estoy en la cama, tapada hasta el cuello. El que pregunta es mi marido. Abre los ojos grandes como si quisiera beberme el pensamiento, desmenuzarlo y comprender. Me muero de la risa. ¿Mi pensamiento, Jorge? ¿Mi interior? ¿Desmenuzarlo?

—No sé lo que me pasa.

La respuesta, que no desmiente —algo me pasa, algo me tira así en la cama, algo devastador me aplasta—, sirve para que pueda largar el llanto que encierro en todo el cuerpo.

¿Qué pasaría si le dijera que lloro a Daniel Rivas?

Ya he pasado por esto. No es una sensación desconocida. ¿Pero ahora? Parece ser mucho peor ahora. Ni un cuerpo tengo para meter en una bolsa, el velatorio fue a puertas cerradas y al entierro sólo permiten que vayan *conocidos*. Vuelvo a morirme de la risa: *conocidos*.

Como si nosotros no nos conociéramos. Como si no fuéramos indisolubles él y yo... yo y él... Sin secretos, sin hipocresías, de pronto hermanos, de pronto amigos, de pronto amantes.

Tengo una doble vida. Una exterior, visible, manifiesta, muchos dirían que auténtica, como si la otra, la interior, privada, paralela, no fuera igual de auténtica. Hasta más libre soy en esta otra vida. Más yo. Más verdaderamente yo que en la corpórea donde increíblemente estoy más desdibujada, mientras que en la otra, en mi vida íntima, secreta, vivo escenas más aventuradas, más intrépidas, intangibles pero profundamente propias. En esta otra vida logré tener amigos entrañables. De chica, mi mejor amigo fue un oso de peluche enorme, blanco. Era sensible, divertido, tenía un corazón muy blando. Si habremos llorado juntos frente a las injusticias de mis padres severos; las veces que me habrá consolado, las veces que me dio consejos, los guiños que habrá hecho cuando parada yo frente al espejo ensayaba posturas, lecturas de poemas, o me probaba un vestido —“¿Me sienta este color? ¿Le gustará a...?”— antes de ir a una fiesta.

Se llamaba Nevado. Vivía en mi cuarto, rodeado de almohadones. Cuando yo estaba en casa, íbamos de la mano: al patio, a la cocina, al *living*. Al volver de la escuela, merendaba conmigo. Mamá

al principio no me decía nada porque, al principio, yo tenía ocho años. Me lo regaló una tía de esas que siempre parecen centenarias. Amarga, para todos los demás; muy solitaria. Traía el regalo alzado, sin envolturas, sin etiquetas, la cara casi oculta por el oso blanco como la nieve, los ojos oscuros y brillantes, un moño en el cuello del color de la sangre. Al entregármelo, pasó algo que me quedó grabado. Perdiendo toda su amargura y su dureza, la mirada de la mujer —ella me hablaba con los ojos— me dijo que ese oso no era cualquier oso, que por favor lo comprendiera, que yo había sido la elegida. Siento que fue una herencia. Se desprendía de él como quien se desprende de una joya para beneficio de otras generaciones. Me abracé al oso que casi tenía mi tamaño y de la misma manera, con los ojos, le dije a ella que ya lo había entendido. El amor es así: a primera vista se producen chispazos, fuegos artificiales que bailan en el aire y estremecen. Uno, transformado, no vuelve a ser el mismo.

Siempre supe mantenerlo muy blanco. Cuando me cepillaba el pelo, cepillaba el suyo. Le cambié el moño color sangre. Él prefería corbatas. Cuando hacía frío lo arropaba. Apenas me veía, sabía de mi ánimo. “¡Vos podés!”. Si él me lo decía, yo podía: levantar una nota, atravesar una pelea, recitar un poema delante de todos en las fiestas patrias, tolerar desengaños o el corazón latiendo de ansiedad por alguien que me había mirado. Mis amigas, de chicas, lo admiraban. Más grandes, lo ignoraron: era algo inanimado que adornaba mi cuarto.

Y mamá... a los ocho no me dijo nada. A los diez, empezó a obsesionarse: “¿Con quién hablabas? ¿De qué te reías tanto? ¿Por qué la voz entrecortada, el llanto, la charla prolongada con ese peluche?”. A los doce, me llevó a terapia: odiaba ver un plato con trozos

de comida puesto frente a Nevado, o cuando le ponía corbatas de mi padre o cuando, según ella, perdía tiempo manteniéndolo blanco. “Ya se le va a pasar”, dijo la terapeuta y por un tiempo me dejó tranquila. A los quince tuve un aplazo en matemáticas. Como no quise mostrar el boletín, falsifiqué la firma. En el colegio pasó de largo, pero mis padres sospecharon, hurgaron, lo supieron. ¿Qué había pasado conmigo que era capaz de seguir por la vida tan oronda después de haber falsificado firmas? El castigo fue duro. Hasta levantar el aplazo, salidas y tele suspendidas, no recibir visitas, no usar el teléfono y lo peor, Nevado encerrado en algún *placard* del fondo. No podía resignarme. Esa noche, entonces, forcejeando varias cerraduras, lo rescaté y lo llevé a mi cuarto. Con voz entrecortada, le conté mi drama. Mis padres, del otro lado de la puerta, seguro que escucharon. “¡Vos podés! ¡Vos podés! ¡Vos podés!”. Pude levantarme y asistir a la escuela. Al volver, él yacía en la cama, despanzurrado, decapitado, un brazo y una pierna separadas del tronco, las plumas del relleno, aún tibias, manando por el cuarto.

Odié a mis padres. Un odio silencioso, secreto, desdoblado —después de todo, si algo sé hacer, es desdoblarme. Escéptica, desencantada, dócil, si seguía obedeciendo, era por miedo.

De más está decir que no me dejaron enterrarlo. Su tumba fue una bolsa de consorcio que terminó mezclada con la basura. Si el duelo es desconcierto, inapetencia por todos los sabores de la vida, rabia mezclada con una angustia sorda y extrañar del otro cada parte —la materia que, inevitablemente, se va desdibujando y el espíritu, el “Vos podés” de todas las mañanas, la mirada cómplice, la palmada de alivio—, si el duelo es todo eso, yo estuve de duelo un tiempo largo.

—Comé algo.

Desde ayer que Jorge prueba trayendo la bandeja a la cama con cosas que siempre me gustaron: café con leche, torta de limón, unas tostadas. En este universo siempre me gustaron; en el otro soy algo más mundana y si Daniel me llevaba el desayuno no podían faltar algunas flores, el café saliendo humeante de una jarra, huevos revueltos y unas tostadas más apetitosas que éstas que hoy me trae Jorge. No me pasa un bocado. Él aparta la bandeja, me toma de las manos, me habla de temas que tendrían que interesarme: nuestro hijo, que está paseando por Italia, mandó un *mail*; hay sol; el viernes festeja el cumpleaños una amiga cercana y él se ofrece a ir conmigo a elegir el regalo. Hoy es lunes. Hasta el viernes... quién sabe...

Hay muchos tipos de cantantes: algunos populares, odiados por los críticos; otros muy prestigiosos, para gente selecta; unos que brillan como estrellas fugaces; otros que permanecen. Conocí a Daniel Rivas, la voz de un grupo prestigioso, popular, eterno, a los dieciocho años. Estoy llegando a los cincuenta. Desde entonces, fuimos inseparables.

En el teatro había ruido a fiesta. No era una salida habitual, pero a mis padres les gustaba mucho el grupo y quisieron llevarnos a mi hermana y a mí. Ella andaba por los quince, yo tenía dieciocho. Ese día, además de reconciliarme con mis padres, entendí el valor de

los legados: mi tía, eterna centenaria, fue quien trajo a Nevado. Mis padres, por la admiración que les despertaba el grupo, me introdujeron en su mundo.

Era enero. Veraneábamos en una de las ciudades más lindas de la costa. Esa noche, el grupo presentaba su única función. Yo llevaba puesto un pantalón con flores, una blusa blanca, el pelo largo y suelto formando ondas suaves. Nos sentamos en la primera fila. El grupo presentaba canciones compuestas por ellos. Sucediéndose una tras otra, daban cuenta casi de una pieza teatral. Me gustaron las voces, sentí las melodías, me metí en el argumento. Y enseguida, esa revelación que se produce, el llamado de todos los sentidos, el magnetismo inmediato, el cosquilleo en el cuerpo. Daniel Rivas era alto, delgado, bello, no llegaba a los treinta. Pero más allá de su presencia, más allá de su talento —sus dotes para actuar, su histrionismo, su voz— se notaba su alma buena.

Durante la función, mientras cantaba, mientras actuaba, más aún mientras tocaba un instrumento, no me sacó los ojos de encima. Era yo la que, como iluminada por los focos, resaltaba ante sus ojos. Una conexión, una empatía, un entendimiento que fuimos afianzando día a día y supimos mantener hasta ahora.

Nunca más conseguí entradas en la primera fila. Él hubiese querido tenerme allí, al alcance de sus ojos. Lo sé, aunque nunca me lo dijo. En una historia como la nuestra sobran las palabras. De todos modos, se conformaba sabiéndome sentada en la platea, recortando las fotos de todas las revistas, acompañándolo en sus giras. De

una manera u otra, por más lejos que fuera, yo siempre estaba allí, rubia o morena, tímida o mundana, como agente de prensa o como amante. Conversábamos de cosas importantes y de cosas triviales. ¿Qué más da? A veces, lo pequeño tiene más relevancia que lo otro, rimbombante. Compartíamos todo, lo explícito y también lo callado. Nos divertíamos. Viajamos, muchas veces, por el mundo.

Hace poco, hace tan poco que no puedo creer que hoy esto esté pasando, nuestro hijo, hablando por Skype, nos contó a Jorge y a mí que se había quedado cautivado frente a la belleza de la Fontana de Trevi.

—¿Le pediste deseos? —salté yo entusiasmada— Cuando estuve allí, le tiré mil monedas.

Mi hijo parpadeó, un poco confundido. Jorge, que estaba al lado mío, soltó una risa entre nerviosa y tonta.

—¿Cuándo estuviste allí? No conocemos...

Me quedé suspendida. Claro, si no falté un solo día de mi casa, si siempre estuve al lado suyo, cómo iba Jorge a sospechar que yo me la pasaba recorriendo el mundo. Con un par de frases un poco entrecortadas desvié la atención de mi torpeza porque casi termino deschavándome: nadie debía enterarse que, junto a Daniel Rivas, yo había visitado la Fontana.

También caminamos por las calles de Brujas, una ciudad de ensueño. Y de París ni hablemos. *Oui, chérie, Je t'aime*. Usaba tacos altos, vestidos vaporosos, y nunca nunca nunca se veían mis arrugas o los pliegues que a la altura del vientre se forman en mi cuerpo. *Tu est très belle*.

Él allí era mi amante. En otras ocasiones, necesité un hermano —nunca tuve otro hermano. En el entierro de mamá, frente a la

evidencia de una infidelidad de Jorge, cuando mi hijo tuvo fiebre, cuando temía por los resultados de un estudio, él estaba allí, siendo mi hermano. “¡Vos podés! ¡Vos podés! ¡Vos podés!”. Cuando él me lo decía, yo podía.

Me casé con Jorge para la misma época en que él se casó con Lara. Lo de ellos duró poco. Se ha involucrado con muchísimas mujeres. Fue de una a otra a otra a otra. Pero... si no es conmigo...

Cada enero, seguimos veraneando con Jorge en ésa, una de las ciudades más lindas de la costa. Tiene un boulevard precioso que recorreremos juntos casi todas las mañanas. Hace unos años, cinco para ser más precisa, mientras hacíamos nuestra caminata, lo vi venir de frente a Daniel Rivas con su mujer de turno. Se me cortó el aliento, mi corazón se disparó, mis pasos se atolondraron y justo en el momento de cruzarnos, caí a sus pies de cara contra el piso. Se agachó para ayudarme. Cuando pude incorporarme un poco y estuvimos frente a frente, sus ojos húmedos y grandes me miraron sorprendidos. Después, su voz inconfundible, dijo un “Hola” vibrante y amoroso. Me sangraba la ceja, se me nubló la vista, me desmayé en sus brazos. Me desperté en la guardia del hospital. Me habían dado unos puntos. Según supe después, él insistió en acompañarnos, pero Jorge no quiso.

Las sílabas del “Hola” intenso, sostenido, y el “Vos podés” enfático, eran mi oración.

Fue hace un par de sábados. Habíamos ido a una fiesta con Jorge. A una de esas fiestas donde la presencia de Daniel Rivas me era indispensable. Incorporado para los demás, él era para mí más tangible que nadie. Estaba conmigo, haciéndome sentir menos transparente, casi tan valiosa como cualquiera de las otras mujeres inmersas en realidades tan coloridas como sus vestidos. Jorge charlaba con uno, con otro. Daniel y yo nos quedamos al margen. Bebimos *champagne*, salimos al balcón, me trajo un abrigo. Al volver a casa, Jorge, exultante, contaba detalles. La había pasado muy bien. En silencio, recordé el momento en el que fui reina cuando Daniel Rivas me abrigó con mi... capa. Nos acostamos cerca de la una de la mañana. Prendí la tele. Con letras enormes y blancas, sobre un fondo rojo, la noticia me pegó en el alma: MURIÓ DANIEL RIVAS.

¡Cómo puede ser! ¡Cómo puede ser! ¡Cómo puede ser!

Un infarto se llevó a Daniel Rivas de este mundo. Este mundo, entonces, se quedó vacío. No sé qué hacer con su muerte. El velatorio fue a puertas cerradas. Al entierro, sólo permitieron que fueran conocidos.

A los pocos días, Jorge, contra mi voluntad, trajo un médico que me auscultó de arriba abajo. No me encontró nada. Ese pobre hombre carece de instrumentos para medir lo que sucede.

Pasó más de un mes. Jorge y mi hijo me miran, me observan, no saben qué hacer. Es Jorge quien dice, con voz apenada, como si sintiera que me está perdiendo, como si quisiera traerme de vuelta a su lado:

—Hace un mes que no salís a la calle... no te pintás... no te arreglás.

Su pena me entristece más. Lo atraigo hacia mí, le acaricio el pelo, lo beso. Haciendo un esfuerzo, con voz entusiasta, prometo:

—Hoy salgo.

Ellos, entonces, sonríen y se van contentos.

Me esfuerzo, también, para no volver a la cama, me baño, me cepillo el pelo, me pongo un vestido con detalles blancos que iluminan el resto de la tela negra y, un poco, mis gestos. Abro el *placard*, saco una de las cajas que esconden recuerdos y me voy a un bar. Es un lugar pequeño que está a un par de cuadras de mi casa. Me siento junto a la ventana. Antes de ponerme los anteojos negros —sé que al revisar la caja me pondré a llorar— pido un café. El hombre que me toma el pedido, alto, trigueño, de camisa blanca, no se va, no se mueve, se queda a mi lado.

—¿Le molesta el sol? —pregunta al ver que me pongo los anteojos negros— ¿Corro la cortina?

Le digo que no.

—¿No quiere algo más? —insiste.

Me saco los anteojos, levanto la vista. Veo una sonrisa a medias, unos ojos decentes. Niego con la cabeza; alzo un poco los hombros en un gesto dolido. Amplia la sonrisa, se nota que comprende. Toma otros pedidos. Aunque no me mira, sé que está pendiente. Me trae el café y cuatro masitas pequeñas. A las otras mesas, sólo lleva tres.

Índice

- 7 Yo, la señorita Cora
- 15 Después de aquello
- 23 Cinco corazones verdes
- 31 Las cosas de fondo
- 37 La otra cara
- 43 Este dolor dormido
- 51 Siempre la misma

61 Annette

67 Clea

75 Por culpa de la lluvia

87 Insomnio

91 El viejo

97 Lo callado



Las cosas de fondo,

de Liliana Allami, se terminó de imprimir en agosto de 2017, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Iván Emmanuel Jiménez Mercado. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.

